Breve manual de filosofía de Lucio Anneo Séneca

Selección de libros:

1. De la Constancia del Sabio
2. De la Brevedad de la vida
3. De la mano de la providencia
4. De la vida bienaventurada

Una versión moderna en el lenguaje de

Gordon McAllister

Título: Breve Manual de Filosofía de Séneca
Subtítulo: (Una versión moderna en el leguaje de Gordon McAllister).

ISBN 978628017880 6
Copy Right: Todos los derechos pertenecen a Carlos Alberto Gómez Acuña
Email: Calgom532002@yahoo.com

Edición: Calgóm Ediciones – Bajo supervisión de: Mundo del Libro Ediciones / 2025

Fotografía Foto de la portada: Licencia No. 20640021 de Carlos Alberto Gómez A. de iStock.
Crédito: Bashta
ID de archivo: 1171965855
Colección: Essentials
Nombre: Cabeza de Yeso de Séneca.

Impreso: Xprinter Estudio Grafico y Digital SAS – Bogotá, 2025

Todos los derechos reservados
Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Unicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

Agradecimientos

A Susana mi esposa que es la gran compañera de vida y pieza fundamental en todo mi entorno, tanto intelectual como cotidiano. Ella es el ángel de mi vida, mi polo a tierra, siendo, además, pragmática y de opinión contundente.

A la Sra. Pilar Camargo, quién desde varias décadas atrás ha venido instruyéndonos en temas profundos, temas que se sustentan en muy antiguas enseñanzas como puede ser la filosofía de la escuela de los Estoicos y que hoy en día cobran especial vigencia, ante el caos que en ocasiones se presenta en nuestro camino.

A mi Q:.H:. Carlos Alberto Vallejo Murgueítio, compañero de charlas, bromas, profundidades ontológicas y muy agradables tertulias al calor de un buen café.
Gracias Carlitos por ser el interlocutor primario, corrector de estilo y corrector orto-tipográfico de mis libros.

Prefacio

Las 3:15 de la madrugada… A esa hora me desperté hoy. Ahora son las 3:55 am y ya he preparado mi café y estoy comenzando este prefacio que fue la causa de que me hubiera despertado tan temprano, cuando las musas me sacudieron con ideas y me lanzaron fuera de la cama. Tenía que despertarme rápido, como me sucede con frecuencia, antes que las ideas salgan volando sopladas por el viento de la fatalidad y desaparezcan en la nada antes de que yo logre aprovechar ese momento de inspiración para agarrarlas y plasmarlas sobre un texto digital en el computador.

Dicen los fanáticos de lo esotérico que esta hora, alrededor de las 3:00 de la mañana, es la hora de los escogidos y de aquellos llamados a despertar a la humanidad de su letargo asfixiante emanado de la cotidianidad y la puerilidad que, en ocasiones, se torna la experiencia mundana.

Yo no creo en esas cosas y simplemente pienso que, si uno tiene una buena idea y esta surge a las 3:00 de la madrugada, pues hay que levantarse e ir a plasmarla en el papel.

En adición a lo anterior, no siempre son las buenas ideas las que nos despiertan. En ocasiones son los asuntos cotidianos que nos sacan lejos de la protección de los brazos de *Morfeo*, lejos de la calidez de nuestras cobijas y nos empujan a enfrentar la realidad y comenzar el día, ya con una pesada maleta de preocupaciones y negativismos.

Basta mirar un noticiero de televisión para quedar con una carga de caos en nuestra conciencia y peor con una más peligrosa carga en nuestro subconsciente. Pero, lo peor, es que no estamos inventándonos un drama, no podemos desconocer el caos reinante en el medio, y se nos acumulan suficientes razones para sentir ese caos:

La guerra de Ucrania, la guerra en Palestina e Israel, el cambio climático con el desorden con que los elementos llegan a nuestra vida con tormentas, huracanes, sequías, incendios, vendavales, terremotos.

Mucha gente sufriendo, mucha gente damnificada, muchos niños llorosos y mucha tristeza reinante. Además, la mano del hombre desviado y pervertido, los atracos, los asesinatos, los gobiernos tiránicos, las terribles injusticias que hacen presencia a lo largo de nuestros países, la injusticia galopante, la desidia de los gobernantes

de turno, la polaridad en los asuntos políticos, el peligro reinante en las calles, y un largo etcétera.

Pero de pronto me detengo… separo un momento para la meditación diaria, que me permite reflexionar y tomar consciencia de que no todo está perdido como pudiera suponerse ante tanta locura… Un momento de reflexión me hace tomar un libro de Séneca y otro de Marco Aurelio y la lectura me lleva por nuevos caminos con una perspectiva distinta… Y recuerdo una frase:

"Debemos ser imperturbables"

No hace mucho, cuando comencé a leer el primer libro de esta selección de libros de Séneca, *De la constancia del sabio*, me llegó un recuerdo de hace unos diez y siete años, cuando escribí mi primer libro: *Entre el silencio y la quietud*, bajo el pseudónimo de Christian Schneider

Uno de los temas centrales de ese libro era: *La imperturbabilidad.*

Por aquellos años asistíamos con mi esposa a una clase de temas especialmente profundos, con una instructora de nombre Pilar Camargo.

El tema que por esos días estábamos viendo era uno emanado de las enseñanzas de un maestro espiritual llamado *Gerardo Schmedling*, a cuyas clases Pilar había asistido en forma presencial. Ahora nosotros estábamos recibiendo este conocimiento de boca de Pilar. Ya el maestro Gerardo no se encontraba entre nosotros.

Recuerdo con especial claridad que uno de los temas, y quizás, el que más me impresionaba, era el de la *imperturbabilidad*…

Este tema me trajo varios problemas, por cuanto, cuando pretendí compartirlo con algunos amigos y conocidos, yo no estaba preparado para hablar de esto y ellos menos preparados para captar ese mensaje. La crítica partía de la confusión existente entre la imperturbabilidad y la insensibilidad y el desprecio por el dolor ajeno… y esa definitivamente no era la idea.

Pero volvamos sobre el tema: *"Debemos volvernos imperturbables"* … Ese era el mensaje de Pilar Camargo… y ese el mensaje del maestro *Gerardo Schmedling.*

La imperturbabilidad en la práctica, la observo en el caso de Pilar. Ella ya no se encuentra entre nosotros, pero en sus últimos meses, antes de partir, ella sabía que se encontraba en la etapa terminal de su vida y realmente no tenía el más mínimo interés en dejarse afectar por esa realidad… Simplemente había dejado de sentir apego a la vida y estaba lista y preparada para partir de este mundo.

Pero lo importante es que Pilar, en aquel momento vivía el día a día con alegría y sin afectaciones.

En este momento estoy haciendo este manual, con una selección de algunos libros de Séneca, para destacar el mensaje de *los Estoicos*, una escuela filosófica grecorromana vigente desde el siglo III, a/C.

Uno de los exponentes más destacados del llamado Estoicismo nuevo, era Lucio Anneo Séneca, "el joven", (Nacido en Córdoba, Hispania en el año 4 a. C.- muerto en Roma, en el año 65 d. C.).

En el libro "*De la constancia del sabio*", de Séneca "el joven", volvemos a encontrarnos el

tema de la imperturbabilidad, mediante los diálogos de Séneca con su interlocutor SERENO, donde lo instruye acerca de la necesidad de no dejarse afectar por las circunstancias externas con el fin de alcanzar la paz interior.

Ese ha sido el mismo mensaje de mi maestra Pilar Camargo, un mensaje que ha estado vigente desde el siglo I d/C, hasta nuestros días.

Pero no dejemos de lado otros temas centrales en estos libros del filósofo Séneca, como, por ejemplo: la virtud, entendida como una cualidad imprescindible para vivir nuestra vida con altura y sutileza.

La fortuna y la prosperidad, que no deben empañar nuestra intención de lograr y mantener la virtud en la vida. La fortaleza interior emanada de la virtud, en contraposición con la ilusión del deleite, que en ocasiones tergiversa y da al traste con nuestros esfuerzos por cultivar la virtud.

También saber cómo mantener la dignidad, incluso cuando se acerca el momento final de nuestra vida.

Y, finalmente, no dejar de lado y abordar el tema del cuidado con el manejo del tiempo, siendo este un bien muy precioso que debe ser administrado como su fuera el mayor tesoro de la vida.

Para terminar, quiero aclarar que este libro no es para eruditos, si lo que se pretende es ser muy estrictos en el manejo del lenguaje, rigurosos en cuanto a la calidad y el tipo de traducciones que ha tenido la obra de Séneca, y qué tanto se aparta una traducción y una revisión idiomática del texto original, escrito en épocas postreras muy lejanas, de cuando se produjo el primer texto por parte del propio Séneca.

Este libro es un intento por volver sencillo y muy digerible el pensamiento de Séneca, con el fin de llevarlo a un público que, lejos de ser académico y muy intelectual, lo que pretende es aprovechar las ideas de la corriente estoica como una guía actualizada para la vida moderna.

Se ha tratado de modernizar el texto original traducido del inglés, para hacer una versión adaptada al lenguaje literario propio del

suscrito Gordon McAllister. Y repetimos, el objetivo es llevar un mensaje sencillo que sirva de guía práctica para la vida en el mundo actual.

Gordon McAllister

Introducción

¿Qué es el estoicismo?
Estoicismo: La Calma en Medio del Caos

¿Cómo hallar la paz en un universo de incertidumbre? ¿Cómo vivir una vida digna cuando las fuerzas del destino no responden a nuestros deseos? Estas preguntas fundamentales han forjado el carácter del estoicismo, una filosofía que, desde sus raíces en la Grecia antigua y el Imperio Romano, ha llegado hasta nosotros como un faro de resiliencia.

Los estoicos, con Zenón de Citio, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, siendo algunos de sus exponentes más destacados, no concebían la calma como una pasiva retirada del mundo, sino como una audaz postura frente a la adversidad.

Para ellos, el valor de la razón residía en su capacidad de poner en orden el caos interior, controlando aquellas emociones que, como tormentas, ciegan y destruyen. En su lugar, propusieron una visión que nos invita a ver el mundo tal como es: incontrolable, pero también

transitorio, ofreciendo siempre la oportunidad de escoger nuestra respuesta.

La influencia de esta escuela, poderosa como un río que labra su curso, llegó a los cimientos de nuestra civilización, moldeando los principios de la ética y el deber. Su impacto no se limitó al ámbito filosófico. Se infiltró en los cimientos del cristianismo, en la paciencia y compasión del budismo, y en el rigor ético del filósofo Kant.

Incluso, en el siglo XX, el estoicismo encontraría una nueva vida en las prácticas de la *terapia cognitivo-conductual, (*)*, una disciplina que aún hoy libera a quienes buscan respuestas prácticas y resiliencia en tiempos de prueba.

Así, el estoicismo nos ofrece un refugio, una brújula y un recordatorio de nuestra capacidad para sobreponernos.

Es la calma serena que permite navegar el caos con los ojos abiertos, sin rendirnos a él. Nos enseña que, aunque no controlamos el oleaje, siempre podemos elegir mantener firme el timón. En un mundo donde todo parece ser transitorio, esta filosofía invita a cultivar una virtud que perdure más allá de nuestras circunstancias, y una

fortaleza que, como piedra en el río, resista la corriente del tiempo.

La Terapia Cognitivo-Conductual, (TCC), es una herramienta de transformación mental

La mente humana, con sus intrincados laberintos de pensamientos y emociones, es a menudo su propio verdugo. En ese oscuro laberinto, donde el eco de las dudas y los temores se amplifica, surge la Terapia Cognitivo-Conductual (TCC), como un arte de navegación, un mapa que ilumina el camino en la penumbra de la angustia.

La TCC no es solo un conjunto de técnicas o ejercicios; es una metodología de reconstrucción. Su propósito: desmontar los muros que construimos con pensamientos nocivos, cuestionar las sombras que proyectamos sobre nuestra percepción y, en última instancia, retomar el control sobre el espíritu. Esta forma de terapia, forjada en los tiempos modernos, pero con ecos de filosofías antiguas como el estoicismo, nos invita a observar cómo el pensamiento determina nuestro universo, cómo

el modo en que interpretamos las cosas puede ser tanto fuente de sufrimiento como de salvación.

Utilizada en el tratamiento de trastornos que aquejan al hombre contemporáneo —ansiedad, depresión, e incluso patrones de conducta dañinos que se filtran en la vida cotidiana— la TCC se erige como un escudo contra el caos interior. Al modificar los pensamientos que nos envuelven en un círculo vicioso, esta terapia nos permite abrir brechas en la fortaleza de nuestros temores. Y así, paso a paso, pensamiento a pensamiento, conducta a conducta, esculpimos un nuevo camino hacia la serenidad.

En última instancia, la TCC ofrece la posibilidad de rehacer nuestra percepción de la vida misma, dotándonos de una estructura mental que no se rompe ante los embates de la adversidad. Como un cincel, talla nuestras emociones, convierte nuestros miedos en fortalezas y nos recuerda que, con el control de nuestra mente, podemos conquistar el terreno perdido en nuestra alma.

El estoicismo, una escuela filosófica creada alrededor del siglo I de nuestra era, al igual que la

Terapia Cognitivo Conductual, era la herramienta utilizada por los filósofos Grecorromanos de la antigüedad, para ayudar a las personas a enfrentar con fortaleza interior los embates de la vida, desarrollando la imperturbabilidad y lograr alcanzar la necesaria paz interior, para navegar serenamente por la cotidianidad, en medio del caos y la confusión.

— O —

Biografía

Lucio Anneo Séneca:
El Filósofo Estoico y el Guardián de la Virtud en tiempos de Tiranía

Séneca fue un filósofo romano de la corriente estoica. Su enfoque en la filosofía estoica se centró en temas como el autocontrol, la virtud, la tranquilidad de la mente y la aceptación de la naturaleza y el destino, que son valores fundamentales del estoicismo.

Lucio Anneo Séneca, el hombre que desafió la fortuna con una serenidad implacable, nació en Córdoba, en la lejana provincia de Hispania, alrededor del año 4 a.C. En una Roma marcada por las intrigas y el constante conflicto de poderes, Séneca se alzó como una figura de fortaleza y sabiduría, una mente aguda en la corte de los Césares. Su vida fue una batalla no solo contra los caprichos de emperadores, sino también contra sus propias sombras y debilidades. En él habitaba el estoico, el filósofo cuyo entendimiento de la virtud y el destino lo elevó por encima de las miserias humanas,

aunque a menudo ese mismo destino lo condujo hacia los abismos de la traición y el dolor.

Desde niño, Séneca fue instruido en Roma bajo el mando de su padre, Séneca el Viejo, un maestro de retórica. Creció rodeado de discursos e ideales de virtud, pero también entre la corrupción y la crueldad de una Roma que cada día dejaba más espacio para la decadencia. Mientras estudiaba, descubrió el estoicismo, una filosofía que le prometía la paz de espíritu a través de la renuncia, la autodisciplina y el dominio de uno mismo. Séneca encontró en el estoicismo una brújula, un camino que seguiría con la fuerza de un guerrero, llevando su vida a las profundidades de esta filosofía.

Sin embargo, el camino de Séneca no sería sencillo ni exento de turbulencias. En el año 41 d.C., el emperador Calígula, temiendo el talento del filósofo, lo desterró a la isla de Córcega bajo acusaciones de adulterio. Allí, en la soledad de su exilio, Séneca no se entregó a la desesperanza. Aislado de Roma, continuó escribiendo y meditando, perfeccionando la esencia de su carácter y nutriendo su mente con los principios que, con los años, lo harían un maestro de la serenidad. Durante ese exilio, comprendió que la

verdadera libertad no dependía de su regreso, sino de la paz en su interior.

Años después, el destino lo trajo de nuevo a la vida pública. Fue Agripina, la ambiciosa madre de Nerón, quien lo trajo de regreso a Roma en el año 49 d.C. para que educara a su hijo. Ella, una mujer marcada por la sed de poder creía que en Séneca encontraría la guía adecuada para moderar al joven príncipe y prepararlo para gobernar. Séneca asumió el rol de tutor de Nerón con el rigor de un guerrero al frente de una fortaleza. Junto a Sexto Afranio Burro, el poderoso prefecto de la Guardia Pretoriana intentó domar el espíritu impetuoso de su pupilo y templarlo con la enseñanza de la virtud y la moderación.

Durante un tiempo, pareció que su influencia lograba frenar los instintos oscuros de Nerón. Enseñó al joven príncipe los fundamentos de la filosofía y de la retórica, con la esperanza de modelar su carácter. Séneca le mostró que un gobernante debe diferenciarse de un tirano en su disposición a soportar las críticas y en su capacidad para anteponer el bien común sobre sus propios deseos. Pero el esfuerzo de Séneca era como sostener una presa que estaba

destinada a romperse; lentamente, los instintos de Nerón se tornaron en ambiciones desenfrenadas.

La caída fue inevitable. La muerte de Agripina, ordenada por Nerón mismo, y la desaparición de Burro marcaron el principio del fin. Con su aliado fuera del tablero y Nerón cada vez más entregado a sus excesos, Séneca comenzó a retirarse de la vida pública. Fue en este retiro que dedicó sus días a escribir sobre la esencia de la vida, el poder de la muerte y la libertad que encontraba en la aceptación del destino. Con obras como *De la Brevitate Vitae* y *Epístolas Morales a Lucilio*, Séneca dejó un legado de enseñanzas destinadas a quienes quisieran aprender la verdadera fortaleza interior, una fortaleza que reside en la capacidad de afrontar la adversidad con calma y dignidad.

Finalmente, el emperador Nerón, envuelto en un manto de paranoia, acusó a Séneca de participar en una conspiración para asesinarlo. Ordenado a suicidarse, Séneca recibió la noticia con la serenidad que solo un estoico podía mostrar. Reunió a sus amigos y, en un último acto de gratitud, abrazó a su esposa Paulina, quien quiso acompañarlo en su destino, aunque finalmente se le impidió morir junto a él.

Consciente de que la muerte no era una derrota, sino una liberación, Séneca cortó sus venas con la calma que solo su vida dedicada a la virtud le había enseñado. La muerte lo halló como a un guerrero que cae en la batalla, fiel a sus principios y sin miedo.

Séneca, el hombre que desafió a la fortuna con la misma dignidad con que enfrentó la traición y el dolor, dejó en sus escritos una guía para quienes buscan la verdadera libertad. Su filosofía no fue una abstracción, sino una forma de vida que defendió hasta el final. Con una pluma como espada, forjó una senda de serenidad y valentía en medio de la tempestad que lo rodeaba.

Lucio Anneo Séneca, filósofo, maestro y mártir de la virtud, sigue siendo un faro en la oscuridad. Su vida fue un reflejo de la lucha constante entre el espíritu y las sombras que lo acechan, entre la serenidad de un sabio y la vorágine de un mundo entregado a la decadencia. Como un guerrero que defiende su última fortaleza, su legado permanece, invitando a todos a enfrentar sus propias batallas con la misma grandeza y serenidad que él mostró ante la muerte.

Libro (1)

De la Constancia del Sabio

Por:

Lucio Anneo
Séneca

Una versión moderna en el lenguaje de
Gordon McAllister

Capítulo I

No sin motivo me atrevo a afirmar, estimado Sereno, que la diferencia entre los estoicos y otros sabios es como la que hay entre el hierro y el cobre; pues mientras todos buscan un camino en la convivencia y en el sentido de la existencia, solo algunos fueron hechos para guiar, y otros, simplemente para seguir. Los demás sabios son como médicos domésticos, que ofrecen remedios suaves y confortables, cuidando más de no incomodar que de curar. Los estoicos, en cambio, han elegido una senda de temple; no buscan agradar a quienes transitan por ella, sino arrancarlos del yugo de los vicios, elevándolos a un monte que, desde sus alturas, se vuelve inexpugnable para las flechas del azar.

El camino que nos invitan a recorrer es empinado y pedregoso; nada destaca en los llanos. Sin embargo, esas cumbres no son tan intransitables como a primera vista parecen. Las entradas, sí, se presentan hostiles, ásperas y sin un trazo claro, como cuando uno mira las montañas desde lejos y percibe sus contornos como si fueran barreras inquebrantables o caminos inextricables. Sin embargo, al acercarse, aquello

que parecía un solo bloque se revela en hendiduras; y lo que desde lejos se veía como un abismo, muestra un sendero escondido, un valle sereno.

Hace poco, cuando hablamos de Marco Catón, te vi encenderte de indignación (porque no toleras el abuso), ante la idea de que su tiempo no supo reconocer su valía. Lo viste elevarse por encima de Césares y Pompeyos, y te pareció un ultraje que lo relegaran a un lugar inferior al de figuras como Vatinius. Que por desafiar una ley injusta lo privaran de su toga en el tribunal y que fuera arrastrado, ante la multitud enfurecida, desde el sitio de su discurso hasta el arco de Fabio, soportando improperios, escupitajos y otras vilezas de una muchedumbre sin control. Entonces te respondí: más justo sería lamentarse por la República, que se desmorona, asediada por Publio Clodio por un lado y Vatinius por el otro, y por tantos ciudadanos cegados por la codicia, que, al vender a la República, terminan vendiéndose a sí mismos.

Capítulo II

Permíteme repetir: No hace mucho, Sereno, te enfureciste al recordar a Marco Catón. Tus ojos, incapaces de soportar las vilezas, reflejaron el rechazo al pensar en la displicencia con que la Roma de su tiempo trató a ese hombre noble. Veías, con razón, la grandeza de su espíritu, de lejos muy superior a figuras como las de los Césares y los Pompeyos.

Te quejabas pues te parecía una irreverencia y una humillación que intentaran confinarlo a la oscuridad y al olvido, poniéndolo por debajo de figuras indignas, como Vatinius.

Te dolía la humillación que soportó: el despojo de su toga en el tribunal, el escarnio de la muchedumbre, el ser arrastrado sin dignidad desde el lugar donde defendía la justicia hasta el arco de Fabio, soportando insultos, escupitajos, y toda la crueldad de un pueblo ciego y embrutecido por sus pasiones.

Te dije entonces, Sereno, que, si algún pesar debía invadirnos, no era por Catón, sino por la República misma. Aquella Roma, antes indómita, ahora desgarrada; sometida por Publio Clodio de un lado, y del otro, devorada por el

ansia voraz de Vatinius y tantos otros, quienes, en su codicia sin límites, vendían no solo a la República, sino, en última instancia, a ellos mismos.

Capítulo III

Puedo imaginar tu alma, Sereno, consumida en ira, lista para gritar con una voz que atraviesa el silencio: "Estas promesas grandilocuentes son las que minan y debilitan vuestra doctrina. Prometéis maravillas, cosas tan elevadas que no solo resultan imposibles de alcanzar, sino difíciles de concebir.

Decís, con la firmeza de quien no acepta objeciones, que el sabio jamás conocerá la pobreza, y luego admitís que a veces le faltan incluso esclavos, techo o abrigo. Afirmáis que no puede perder la razón, y sin embargo no le negáis la posibilidad de caer en delirios y soltar palabras insensatas, empujado por la locura de una enfermedad.

Decís que el sabio no puede ser esclavo, y, no obstante, aceptáis que pudiera ser vendido, sometido a las órdenes de un amo, y obligado a ejecutar las tareas más serviles. Así, mientras levantáis la frente, acabáis por caer en el mismo juego que los demás, cambiando solo los nombres de las cosas.

Sospecho lo mismo cuando afirmáis que el sabio no puede sufrir afrenta o injuria. ¡Qué declaración, tan brillante en apariencia! Pero es muy distinto decir que el sabio no se indigna al afirmar que no puede recibir ofensa alguna. Si me decís que soportará los golpes con un espíritu firme, eso no es virtud exclusiva del sabio; muchos, a fuerza de ser heridos, aprenden a resistir.

Pero si aseguráis que el sabio es invulnerable a la ofensa, y que ningún hombre puede mancillarlo, entonces, Sereno, dejaré todo lo que poseo y me convertiré en estoico.

Sin embargo, no busco adornar al sabio con meros laureles de palabras vacías, sino elevarlo a una posición en la que las injurias no puedan tocarlo.

¿Significa esto que nadie osará provocarlo? No hay en la naturaleza lugar tan sagrado que esté exento del asedio del sacrilegio; siempre habrá quien, sin poder dañarla, desafíe la divinidad que le supera. No llamo invulnerable a quien puede ser herido, sino a quien la injuria no alcanza. Permíteme, Sereno, mostrarte al verdadero sabio, con un ejemplo que lo encarna.

¿Acaso hay alguna duda de que la fortaleza que ha resistido mil tormentas es más firme que aquella que nunca ha sido puesta a prueba? Las fuerzas que han prevalecido en la batalla son una certeza incuestionable, mientras que las que duermen intactas son, en el fondo, inciertas.

Así, Sereno, considera que el sabio, a quien ninguna injuria ha logrado tocar, es de mayor valor que aquel que jamás enfrentó el desprecio. Yo llamaré fuerte al hombre que no se amedrenta en medio del combate, que no dobla la rodilla ante la embestida de las armas enemigas, y no al que disfruta la paz y el ocio entre pueblos adormecidos y complacientes.

El sabio es aquel a quien la injuria no puede alcanzar; puede ser blanco de mil flechas, pero su pecho es como un muro impenetrable. Hay rocas cuya dureza desafía incluso al hierro; el diamante no se quiebra ni se desgasta, sino que devuelve con fiereza todo intento de herida.

Así también existen cosas que el fuego no consume, manteniendo su esencia intacta entre las llamas; y hay escollos elevados que, en su solidez, destrozan la furia de las olas sin mostrar una sola marca de las embestidas del mar.

De la misma manera, el ánimo del sabio permanece invulnerable: sólido como piedra, su espíritu preparado para el embate y firme en su propósito. No hay injuria capaz de vencerlo, como aquellas fuerzas de la naturaleza que no pueden ser doblegadas.

Capítulo IV

¿Habrá quien ose hacerle daño al sabio? Sin duda lo intentarán, Sereno, pero fracasarán, pues él permanece tan apartado de las miserias humanas que ninguna fuerza es capaz de alcanzarlo. Cuando los poderosos, amparados en sus tronos y respaldados por aquellos que se postran ante ellos, intentan doblegar al sabio, su esfuerzo es tan fútil como una flecha lanzada al cielo: aunque ascienda hasta perderse de vista, su destino es siempre caer de regreso sin tocar las alturas.

¿Crees acaso que el rey insensato que oscureció el día con sus saetas logró siquiera rozar el sol? ¿O que, al arrojar cadenas al mar, fue capaz de atrapar a Neptuno? Al igual que las cosas divinas permanecen fuera del alcance de las manos de los hombres —sin que sus templos ardan con los fuegos sacrílegos ni sus figuras se vean afectadas por la furia de sus enemigos—, así también lo que se intenta con soberbia y odio contra el sabio es un acto vano y condenado.

Podrías decir, Sereno, que sería mejor que nadie intentara ofender al sabio. Mas desear la inocencia en el corazón humano es una ilusión

casi ingenua. De hecho, es el agresor quien se perjudica al atacar al sabio, más de lo que el sabio sufriría en recibir la ofensa; porque incluso si la injuria llega, nunca lo toca en su esencia.

Y, en verdad, considero que es esta paz imperturbable, en medio de los ataques, la que mejor revela su fortaleza: tal como un emperador se muestra más poderoso cuando pisa con seguridad el suelo enemigo. Separemos, si quieres, la injuria de la afrenta, Sereno. La primera es de naturaleza más grave; la segunda, más ligera y afecta solo a aquellos de espíritu débil. No causa daño, sino molestia, y, aun así, hay quienes creen que no puede sucederles nada peor. Verás esclavos que preferirían soportar el látigo antes que una bofetada, o que considerarían más soportable la muerte que una palabra hiriente.

Hemos llegado a un punto donde el juicio humano valora menos el sufrimiento real que la percepción que tienen los demás sobre él. Es como en los niños que temen las sombras, las figuras grotescas, las amenazas vacías y los gestos ridículos. Huyen de lo que no entienden, Sereno, con el mismo temor que el hombre sin conocimiento teme lo que ni siquiera puede rozarlo.

Capítulo V

El propósito de la injuria es causar algún daño; pero la sabiduría, firme como una muralla inexpugnable, no le permite ningún acceso. Para el sabio, el único verdadero mal es la vileza, y donde reinan la virtud y el honor, esa oscuridad no tiene cabida. Por lo tanto, es evidente que la injuria nunca alcanza al sabio. Sufrir una afrenta es sufrir una pérdida, y el sabio, en su fortaleza, no pierde nada, ni dignidad, ni paz, ni lo que está más allá de su control.

Toda injuria es una disminución para quien la recibe, ya sea en el cuerpo, en el honor o en las posesiones materiales; pero el sabio no se ve afectado, pues no posee nada que la fortuna pueda arrebatarle. Todos sus bienes están anclados en su interior, en lo inmutable, y, satisfecho en su virtud, nada necesita de la fortuna.

El sabio no crece ni disminuye, porque quien ha alcanzado la cima no tiene hacia dónde avanzar, y la fortuna solo puede quitar lo que ella misma ha dado. La virtud, sin embargo, es suya, un bien libre, intocable, inconmovible; está tan

firmemente protegida contra los embates del destino que no solo es invencible, sino que ni siquiera se inclina ante la adversidad.

Sus ojos permanecen abiertos y serenos, inmunes tanto a las amenazas como a las promesas. Así, no hay nada que pueda arrebatarle lo que podría dolerle, pues posee únicamente la virtud, que jamás le será quitada, mientras que lo demás es una tenencia precaria, sin vínculo real con su ser.

¿Quién, entonces, lamentaría la pérdida de algo que nunca le perteneció en realidad? Si la injuria no puede tocar aquello que el sabio considera suyo, fortificado por la virtud, entonces jamás podrá dañarlo. Cuando Demetrio Poliorcetes tomó Megara, se dirigió a Stilpón, el filósofo, y le preguntó qué había perdido. Stilpón le respondió, firme, que no había perdido nada, pues conservaba todo cuanto le pertenecía, a pesar de que el invasor le había arrebatado su hogar, sus hijas, y había violado su patria.

Con aquella respuesta, Stilpón disminuyó la victoria de su adversario. Aunque había perdido la ciudad, no se consideraba vencido, sino que mostró, con inquebrantable serenidad, que no había sido dañado en absoluto, pues los

verdaderos bienes, los que no pueden ser capturados ni saqueados, aún le pertenecían.

Todo aquello que le fue arrebatado, lo consideraba como externo, algo sometido a los caprichos de la fortuna, y por eso no lo amaba ni lo consideraba propio. Entendía que las posesiones externas son siempre inciertas, fugaces, incapaces de ofrecer seguridad duradera.

Piensa ahora, Sereno, en este sabio, que no perdió nada de valor ni ante el fuego de la guerra ni frente al enemigo experto en derribar murallas. ¿Qué podría robarle el ladrón, el calumniador, el vecino envidioso o el rico que, al no tener herederos, se cree soberano?

Entre espadas que relucían sedientas, en medio del grito feroz de las tropas hambrientas de saqueo, rodeado de llamas y sangre, entre los restos humeantes de la ciudad saqueada y bajo los templos que caían aplastando a sus propios dioses, sólo en él había paz. Su espíritu, Sereno, no sucumbió a las ruinas ni al caos; era una isla de calma, una fortaleza inexpugnable.

Así, no debes considerar atrevida mi afirmación. Y si aún dudas de mis palabras, buscaré un testigo que avale mi juicio. Si acaso crees que ningún hombre podría poseer tanta

firmeza o magnitud de espíritu, entonces, ¿qué dirás si te muestro a alguien que pueda decirte, con la misma convicción, algo semejante?

Capítulo VI

No dudes, Sereno, de que existe un hombre que pueda elevarse por encima de las tormentas de este mundo, que contempla con serenidad el dolor, las pérdidas, las heridas; que permanece firme mientras a su alrededor braman las fuerzas de la destrucción.

Ese hombre sufre las adversidades con paz y recibe las bonanzas con moderación, sin rendirse ante unas ni dejarse deslumbrar por las otras, inmutable en su esencia. Para él, no hay nada que verdaderamente posea, salvo a sí mismo, y solo en aquello que es lo mejor de él. Te lo demostraré con el ejemplo de un hombre que, rodeado de ruinas y llamas, se alzó con su verdadero tesoro intacto.

Mientras las murallas se desmoronan bajo el golpe de los arietes y las torres más altas caen en ruinas, mientras los baluartes se alzan y equiparan con los edificios más elevados, ninguna máquina de guerra puede sacudir un espíritu bien forjado.

"Escapé de las ruinas de mi casa —dice—, atravesé las llamas que me rodeaban, y, aunque

no sé si mis hijos han sufrido peor suerte que mi pueblo, puedo afirmar que toda mi hacienda está a salvo, pues conservo lo que realmente poseo.

No soy un vencido, ni tú un vencedor; no has doblegado a mi ser, solo has aplastado mis bienes. Ignoro el paradero de esas cosas perecederas que ahora han cambiado de dueño, pero lo que es mío, aquello que forma parte de mí, permanece conmigo y lo hará por siempre.

Los ricos han perdido sus riquezas, los hedonistas han perdido sus placeres y las amantes que les costaron su honra. Los ambiciosos han perdido los tribunales y los escenarios de sus vicios públicos, mientras los usureros han visto cómo se consumen los contratos donde su avaricia, falsamente alegre, concentraba sus pensamientos. Pero yo, Sereno, sigo aquí, libre y sin lesión.

Pregunta a aquellos que lloran, a quienes oponen sus cuerpos desnudos a las espadas para proteger sus posesiones, o a quienes huyen con sus pechos cargados de oro, qué es lo que realmente han perdido."

Ten la certeza, Sereno, de que un hombre perfecto, lleno de virtudes humanas y divinas, no

ha perdido nada, pues sus verdaderas posesiones están rodeadas de murallas indestructibles.

No compares estas defensas con las murallas de Babilonia, que Alejandro allanó; ni con las fortalezas de Cartago y Numancia, rendidas por ejércitos; ni siquiera con el Capitolio, que en otro tiempo sucumbió al enemigo. Las murallas que protegen al sabio están más allá del fuego y de las armas, sin brecha ni fisura, altísimas, igualadas a los dioses.

Capítulo VII

No estarías en lo correcto, Sereno, si afirmaras que este sabio al que aludimos no existe en ningún lugar. No pretendemos inventar una grandeza ilusoria para el espíritu humano, ni exaltamos una mentira gloriosa. Tal como lo describimos, así existe, aunque raro y distante en el tiempo, pues las cosas sublimes, las que superan los límites de lo común, no surgen a diario.

Temo incluso que este Catón, inspiración de nuestra discusión, sea superior a cualquier ejemplo posible. Al final, quien intenta herir debe ser más fuerte que aquel a quien desea dañar, y si la maldad nunca puede superar a la virtud, entonces el sabio, Sereno, no puede ser agraviado. Solo los malos intentan injuriar a los buenos, pues entre los justos siempre hay paz.

Si alguien puede recibir injuria, ese es el débil, y los débiles sucumben ante los fuertes, más el sabio no puede ser injuriado.

Tal vez alegues que Sócrates fue injustamente condenado y, por lo tanto, ofendido. Pero considera esto: puede ser que alguien intente hacerme daño sin lograrlo, como

si un ladrón robara de mi granja y, en su confusión, dejara el botín en mi propia casa; el delito existe, pero no hay pérdida real.

Así, uno puede intentar dañar sin éxito. Imagina a un hombre que, creyendo cometer adulterio, se acuesta con su esposa, convencido de que es ajena; él comete la falta, pero ella permanece sin culpa. Del mismo modo, uno puede mezclar veneno en mi comida, y si pierde su poder, no me afecta, pero el acto sigue siendo malvado. El puñal que no traspasa, el ladrón cuya mano falla, son malvados, aunque sus actos se frustren. Así, los males son completos en su intención, aunque no logren sus fines.

Existen cosas tan unidas, Sereno, que no pueden separarse. Puedo mover los pies sin correr, pero no puedo correr sin moverlos; puedo sumergirme en el agua sin nadar, pero no puedo nadar sin sumergirme.

De la misma manera, si recibo una injuria, es cierto que fue intentada; pero no siempre una injuria intentada es recibida. Es posible que circunstancias fortuitas detengan la mano que empuña la daga, desviando la flecha lanzada y bloqueando el acto antes de completarse. Así, aun cuando una injuria se inicia, puede ser rechazada.

Además, la justicia y la injusticia son opuestos irreconciliables, y la injuria no puede existir allí donde la justicia predomina.

Capítulo VIII

No tienes por qué asombrarte, Sereno, cuando te digo que nadie puede agraviar al sabio, pues, en realidad, tampoco nadie puede beneficiarlo. Para quien ya lo posee todo en sí mismo, nada externo resulta de valor o utilidad, y de aquellos que son malos, el sabio no puede recibir nada que le importe; pues, para dar algo, primero se necesita tener algo digno de recibir.

Así, ni la injuria ni el favor pueden alcanzarlo. Como las cosas divinas, que no necesitan ayuda y son inalcanzables por las ofensas humanas, el sabio se mantiene invulnerable y sin deseos de beneficios triviales.

El sabio es como un dios entre los hombres, Sereno; su única diferencia es que habita un cuerpo mortal. Camina por la vida en busca de cosas sublimes, aspirando a un orden guiado por la razón, imperturbable y constante, trazado para el bien común.

Es un ser que se basta a sí mismo, que brinda beneficio a quienes lo rodean, pero no busca la aprobación ni la recompensa. Quien avanza sobre el tumulto de lo humano con una

calma divina jamás se lamenta, Sereno, pues para él, la injuria es solo una palabra vacía.

Y no es solo de los hombres de quienes el sabio no recibe injuria. También la fortuna, esa gran señora del azar, cede ante él, derrotada en cada encuentro.

Lo que está más allá de las leyes y del poder tiránico, donde cesan las amenazas de la fortuna, el sabio lo enfrenta con serenidad, sabiendo que ni siquiera la muerte es un mal, y que, por ende, tampoco puede ser una injuria. Así, con esta paz como armadura, lleva sin esfuerzo todas las pruebas: la pérdida, el dolor, la humillación, el exilio, las heridas que el destino quiera lanzarle. Aunque estas pruebas le rodeen, no lo consumen; aunque la fortuna descargue su ira, no le quitan su paz.

Y si soporta las ofensas de la fortuna con calma, ¿cómo no soportará las injurias de aquellos hombres que no son sino instrumentos de ella?

Capítulo IX

Finalmente, el sabio soporta todo lo que la vida le arroja, Sereno, como soporta el invierno, las tempestades o el calor abrasador. Sabe que estas son fuerzas de la suerte, incontrolables e inmutables, y que el único consejo verdadero está en él, pues en los demás solo hay engaños, trampas y la agitación de un espíritu inestable.

Todo lo que es obra del azar, que se desata con furia y se disipa como un viento pasajero, permanece fuera de su alcance. El sabio no se deja arrastrar, Sereno, ni por el miedo ni por la esperanza de lo temporal.

Piénsalo: aquellos que intentan traer peligro sobre el sabio, ya sea por falsos testimonios o acusaciones engañosas, quienes buscan el favor de los poderosos o urden intrigas para alcanzar sus propias ganancias, son invisibles para él.

Ellos esperan herencias inciertas, favores de una casa que les sonreirá solo mientras convenga; el sabio, en cambio, desprecia todo eso, pues no vive ni con esperanza ni con miedo.

Además, nadie recibe una injuria sin antes permitir que esta perturbe su espíritu, y el sabio,

Sereno, permanece imperturbable, intocado por la furia y el desasosiego, en una quietud elevada y serena.

Si la injuria pudiera afectarlo, lo agitaría como a los demás hombres; pero el sabio conoce que ninguna injuria verdadera puede alcanzarlo, y, al estar en constante alegría y firmeza, convierte en nada los intentos de quienes buscan probar su fortaleza. El simple acto de intentar ofenderlo es un esfuerzo frustrado desde el inicio.

Es así como debemos admirar, Sereno, esta libertad de espíritu que no se ve disminuida por la desvergüenza de los demás ni por sus ambiciones insaciables. No decimos que no haya quienes intenten herir al sabio, sino que él eleva toda injuria y la enfrenta con la fuerza de su paciencia y grandeza de ánimo.

Piensa en aquellos que, en las antiguas contiendas sagradas, vencían simplemente agotando a sus enemigos, resistiendo con perseverancia cada golpe. Así es la paciencia y la sabiduría de quien ha alcanzado una fortaleza que puede soportar, y hasta desgastar, cualquier fuerza contraria que intente quebrarlo.

Capítulo X

Habiendo hablado ya de la injuria, pasemos ahora a la afrenta, y observemos cómo el sabio la enfrenta con razón y con dignidad. La afrenta es algo menor, casi una sombra de la injuria, más apta para la queja que para la venganza, y las leyes mismas no la consideran digna de castigo. Surge de los gestos de otros que buscan reducirnos: quizás uno no nos admitió donde a otros sí, o despreció nuestras palabras en público, se burló abiertamente de nuestras razones, o nos asignó el lugar más bajo.

Estas afrentas, Sereno, son meras quejas de un espíritu frágil, y suelen afectar solo a aquellos que se han dejado adormecer por el ocio y la comodidad. Los hombres dedicados a cosas verdaderamente importantes no tienen tiempo para reparar en estos desprecios triviales.

Las mentes débiles y quebradizas, aquellas que viven en un ocio vacío, suelen dejarse herir por estas bagatelas, pues, carentes de verdaderas luchas, se alteran ante la más leve provocación, muchas veces alimentada por sus propias interpretaciones.

Quien se deja afectar por estos agravios muestra que carece tanto de prudencia como de fortaleza, y se rebaja a la creencia de que otro puede, con un simple gesto, rebajarlo.

Esta humillación, este abatimiento de ánimo, Sereno, es ajeno al sabio, pues, al conocer su propio valor, entiende que no hay autoridad sobre él que pueda dañarlo. No solo soporta estos desplantes, que yo llamaría meros roces del espíritu, sino que, en realidad, no los siente.

Sin embargo, admito que existen cosas que, aunque no derrocan al sabio, pueden herirlo profundamente. Los dolores del cuerpo, la enfermedad, la pérdida de un hijo o un amigo, o la destrucción de su patria, envuelta en las llamas de la guerra.

No niego que el sabio siente estas cosas, pues no lo imagino de piedra ni de hierro, Sereno; pero tampoco sería una virtud soportar estas pruebas sin sentirlas en absoluto.

Lo que distingue al sabio no es la ausencia de dolor, sino la entereza con la que lo enfrenta, con un espíritu que, aunque herido, jamás se quiebra.

Capítulo XI

¿Y qué hace el sabio?, Sereno, ante estas afrentas recibe algunos golpes, sí, pero al recibirlos los repele, los cura y los ignora. Las pequeñas ofensas no solo no lo hieren, sino que ni siquiera merecen la respuesta de su acostumbrada fortaleza; las considera insignificantes, dignas apenas de una sonrisa indulgente.

La mayoría de las contumelias provienen de aquellos inflados por su propia arrogancia, de quienes no saben portar con humildad los bienes que el destino les concedió. Ante ellos, el sabio despliega una serenidad tan sólida que, al paso de las ofensas, sigue como quien atraviesa un sueño vano, sombras nocturnas que se disipan sin dejar huella.

Sabe que estos insultos no contienen nada sólido ni verdadero; y además, Sereno, se convence de que aquellos hombres, tan inferiores a él, no tienen siquiera la autoridad de despreciarlo.

El término *contumelia* lleva implícito el desprecio, pues quien lo pronuncia ya considera

al otro inferior. Pero, aunque algunos adopten la actitud del despreciador, nadie menosprecia a quien considera superior.

Mira a los niños, Sereno, que en su juego desgreñan a sus madres, les tiran del cabello o las golpean con sus manos pequeñas; incluso pueden escupirlas o hacerles gestos de burla. Sin embargo, nadie llama a estas acciones afrentas.

¿Por qué? Porque esos gestos, aunque osados, no tienen malicia; los niños no pueden despreciar aquello que no entienden.

De modo similar, a veces nos divierte la osadía desvergonzada de un esclavo cuando bromea con su señor o cuando, ante los invitados, se atreve a replicar en una insolencia que suele ir en aumento. De hecho, algunos compran esclavos de ingenio agudo para disfrutar de sus ocurrencias atrevidas, entrenándolos incluso en el arte de la respuesta mordaz.

Pero esto no lo interpretamos como una ofensa, sino como una habilidad ingeniosa que adorna la escena con su descaro.

Capítulo XII

¿Puede haber mayor necedad, que permitirnos ofendernos o deleitarnos por las mismas cosas?, ¿considerando una afrenta lo que nos dice un amigo y un chiste lo que pronuncia un esclavo?

La actitud que tomamos frente a los niños es la misma que adopta el sabio frente a aquellos que, aun con las canas en sus cabezas, se aferran a su inmadurez. ¿Acaso estos hombres, en quienes el mal del espíritu se ha enraizado, han avanzado en algo?

Si han crecido, lo han hecho en sus errores, distintos de los niños solo en tamaño y en la apariencia de sus cuerpos; en lo demás, no son menos erráticos e inseguros, persiguiendo placeres sin discernimiento y temiendo lo que no comprenden. Si están tranquilos, no es por sabiduría, sino por miedo.

¿Quién puede afirmar, entonces, que hay alguna diferencia entre ellos y los niños, salvo que los jóvenes ansían los dados y las pequeñas monedas de cobre, mientras que los hombres desean el oro, la plata y hasta ciudades enteras?

Los niños también imitan, Sereno; juegan a ser magistrados, portan varas y fingen tribunales, construyendo castillos de arena a orillas del río. Los hombres, creyéndose grandes, edifican con piedras y levantan murallas y techos que, diseñados para su protección, se convierten en su mayor peligro. Son, pues, como esos niños, y si en algo se distinguen, es solo en el tamaño de sus errores. Así, no sin razón el sabio toma las ofensas de estos hombres como juegos infantiles, y, en ocasiones, los corrige no por haber sido herido, sino para que ellos comprendan el error de sus actos.

De igual manera que el jinete usa el látigo no por ira, sino para vencer la rebeldía del caballo, así el sabio castiga sin enojo, buscando enmendar al ofensor.

Esta es la razón, Sereno, por la cual el argumento que se nos presenta no tiene peso: que el sabio no recibe injuria ni afrenta simplemente porque corrige a quienes intentan agraviarlo. No es venganza, sino corrección, un acto de quien no se deja afectar, sino que busca el bien incluso en aquellos que lo ofenden.

Capítulo XIII

¿Qué razón habría?, Sereno, ¿para qué dudar de la entereza del sabio, cuando la vemos confirmada incluso en quienes no comparten su causa? ¿Acaso se enoja el médico con el frenético? ¿Toma como injuria las quejas del enfermo que, ardiendo en fiebre, clama por agua y se le niega?

Así como el médico observa el delirio y no se ofende, el sabio se ocupa de los hombres como el curador de sus enfermos. No retrocede ante lo grotesco, ni duda en enfrentar la amargura o el desprecio de aquellos a quienes ayuda, porque su propósito no es la reciprocidad sino la curación.

El sabio sabe que muchos de los que visten la toga y la púrpura, quienes parecen vigorosos y altivos, están, en realidad, profundamente enfermos. Así, los contempla sin enojarse, sin turbación, aun cuando sus almas, inflamadas por la soberbia, intentan descaradamente dañar al que intenta curarlos.

Para él, los honores o deshonores que recibe de los enfermos son igualmente irrelevantes. Así como un mendigo podría hacerle

una reverencia sin que él le dé importancia, tampoco se siente ofendido si alguien de la plebe no devuelve su saludo; ni se considera más elevado porque los ricos lo aprecien, pues comprende que muchos de ellos no son menos desgraciados que los pobres. Los pobres desean poco, pero los ricos ansían más de lo que pueden soportar.

Y así, Sereno, el sabio tampoco se siente afectado si un rey persa o un monarca de Asia pasa junto a él con arrogante indiferencia; para él, los reyes no son distintos de quienes en las grandes casas se encargan de los dementes, solo que con títulos más pomposos. ¿Podría sentirme herido, acaso, si un traficante de esclavos, uno de esos cuyo negocio es comprar y vender lo peor de los hombres, ignora mi saludo? Desde luego que no; ¿qué podría ofrecerme alguien cuya vida está rodeada de aquello que es miserable?

El sabio, Sereno, desprecia tanto la cortesía como la descortesía de estos hombres; para él, el rey con sus esclavos de Partia, Media y Bactria no es más que un amo que gobierna con miedo a quienes buscan, en el fondo, otro dueño. Así, el sabio se mantiene imperturbable ante la injuria,

pues, aunque sus agresores difieren en estatus, para él son iguales en su ignorancia.

Y si alguna vez el sabio descendiera tanto como para dejarse afectar por una afrenta, perdería la seguridad que es su más preciado tesoro. Jamás cometerá ese error, Sereno, de otorgar honor al injurioso al vengarse de él, pues aceptar la injuria sería igual a celebrar la aprobación de aquel de quien la sufre.

Capítulo XIV

Algunos hombres, Sereno, son tan insensatos que creen que una mujer puede agraviarlos. ¿Qué importa que sea rica, que se rodee de sirvientes y lujos, que vista joyas costosas y viaje en litera imponente? Al final, sigue siendo un espíritu indomado, y si carece de saber y virtud, no es más que una fiera incapaz de domar sus propios deseos.

Algunos hombres se irritan al ser empujados por los sirvientes de estas mujeres, o se ofenden si se les dificulta el paso con porteros altivos, guardianes que levantan la mirada con desdén o camareros que imponen su presencia con arrogancia. ¡Oh, Sereno! ¿Acaso no es motivo de risa?

El sabio, en su serenidad, contempla esos errores ajenos y encuentra deleite en el contraste. ¿Debe el sabio entonces evitar acercarse a una puerta vigilada por un guardián áspero y desabrido? Si el deber lo obliga a hacerlo, entonces llegará a esas puertas como lo haría un guerrero a un campo de batalla: con serenidad y, de ser necesario, con una pequeña ofrenda para

aquietar al que vigila, como se apacigua a un perro guardián.

Hay caminos, Sereno, en los que el sabio entiende que el paso tiene un precio, y pagarlo no le causa turbación; al contrario, le concede paz y se muestra indiferente ante quien cobra la entrada, pues sabe que el acceso a tales lugares está a la venta, y no es sino otro rito mundano.

Qué necio sería, en cambio, aquel que se enorgullece por haber enfrentado al portero, que incluso rompió su vara y llegó a su destino como un conquistador, exigiendo que se castigue al guardián. Quien se empeña en desafiar se convierte en igual al desafiado y, aunque gane, pierde dignidad al colocarse al mismo nivel. Y si el sabio recibe un golpe, ¿cómo reaccionará? Lo que hizo Catón cuando lo golpearon en el rostro: ni se enojó, ni buscó venganza, ni siquiera otorgó perdón, porque negó la misma ofensa. El mayor valor estuvo en no reconocer la injuria, más que en perdonarla.

No necesitamos detenernos demasiado en esto, Sereno, pues es claro que el sabio percibe el mundo de manera diferente a los demás. No se deja guiar por lo que la multitud considera malo o infortunado, porque su senda no es la del

pueblo. Al igual que las estrellas recorren su propio camino, opuesto al del mundo, así el sabio camina en dirección contraria a la opinión común, trazando su propia órbita y permaneciendo fiel a su propia virtud.

Capítulo XV

Dejad, pues, de preguntarme cómo el sabio puede no recibir injuria si es herido o cegado; cómo puede no sentir afrenta si es arrastrado por las plazas mientras las voces de la gente vulgar lo ultrajan; o si es obligado en los banquetes de los reyes a comer bajo la mesa, junto a los esclavos de los oficios más bajos. Incluso si se le forzara a soportar cualquier otra ignominia que solo imaginarla provoca vergüenza en los más nobles espíritus, no lo verás tambalear. No importa cuán humillantes, cuántas o cuán grandes sean esas pruebas; su naturaleza no cambia ante la magnitud de la afrenta. Si el sabio no se ve afectado por las injurias menores, tampoco lo será por las mayores; si soporta una, soportará todas.

Vuestras debilidades os hacen pensar que el alma de un hombre fuerte es como la vuestra; pensáis que, como vosotros solo soportáis un poco, el sabio ha de ser solo un poco más fuerte. Pero, Sereno, la virtud del sabio lo ha elevado a un lugar distinto del mundo que habitáis. Sus fundamentos son sólidos y se encuentran fuera del alcance de la tormenta. No se ahogará ante el

torrente de males, ni siquiera cuando las pruebas sean tan brutales que la vista y el oído quieran escapar de ellas. Así como resistirá cada injuria por separado, también resistirá todas juntas. Mal entiende la naturaleza del sabio aquel que limita su fortaleza, que afirma: "Esto puede soportarlo, pero aquello no." Para el sabio, vencer a la fortuna es vencerla del todo, pues solo entonces el triunfo es verdadero.

No creas que esto es solo un rigor de la doctrina estoica. Incluso Epicuro —al que muchos consideran el defensor de una vida cómoda y dedicada a los placeres— enseñó que el sabio rara vez es afectado por la fortuna. Aunque dijo esto con palabras menos vigorosas, el mensaje es claro. Pero vayamos más allá, Sereno, y digamos que la fortuna no tiene acceso alguno al sabio.

Su casa es modesta y sin ornamentos, tranquila, despojada de ruidos y espectáculos. No está protegida por guardias que alejan a la multitud con su rigidez venal. En cambio, sus puertas abiertas y sin custodios, señalan que allí la fortuna no entra, pues nada dentro de esas paredes le pertenece. La fortuna reconoce ese límite; allí donde no posee nada, no tiene poder.

Así que, Sereno, si hasta Epicuro, un hombre que valoró el deleite del cuerpo se mostró firme ante la injuria, ¿cómo podría parecer imposible para nosotros? Aquél afirmó que las injurias eran soportables para el sabio, y nosotros vamos más lejos: decimos que para el sabio no existen injurias.

Capítulo XVI

No me digas, Sereno, que este razonamiento va en contra de la naturaleza. No negamos que el ser azotado, rechazado o despojado de un miembro sea una desgracia; lo que negamos es que estas cosas constituyan una injuria. No borramos el dolor, sino que desterramos la idea de la injuria, porque esta no puede penetrar donde la virtud permanece ilesa. Veamos quién de nosotros se acerca más a la verdad: ambos coincidimos en despreciar la injuria. Me preguntas, entonces, ¿qué diferencia hay entre nosotros? La misma que entre gladiadores de espíritu indomable: unos soportan las heridas con firmeza, mientras que otros, girando hacia el clamor del público, muestran su debilidad y no merecen ni siquiera la misericordia de sus espectadores.

No creas, Sereno, que lo que discutimos es una gran cosa; es, en realidad, una cuestión sutil, un tema que pertenece solo a los espíritus elevados. Ambos ejemplos nos enseñan a despreciar las injurias y afrentas, que no son sino sombras y simulacros de agravio. Para este

desprecio no hace falta ser sabio, basta con ser consciente de uno mismo y capaz de preguntarse si aquello que le ocurre es consecuencia de su propia culpa o no. Si la culpa existe, entonces no es injuria sino castigo; y si no la hay, la deshonra queda en el ofensor.

¿Y qué es esta cosa a la que llamamos *contumelia*, Sereno? ¿Es que alguien se burle de mi calvicie, de mis ojos, de mis piernas o de mi estatura? ¿Qué daño hay en que alguien remarque lo que ya es evidente? A menudo reímos cuando alguien hace comentarios de nuestras peculiaridades en privado, y, sin embargo, nos ofendemos si se dicen en público, como si de pronto se tornaran en algo más que palabras. De modo incongruente, negamos a los demás la libertad de decir lo que nosotros mismos hemos admitido en soledad.

Aceptamos bromas moderadas y nos entretenemos con ellas, pero si alguien se excede, entonces nos encendemos en ira. Sin embargo, Sereno, estas palabras de burla son tan efímeras como el viento. No son el peso de un agravio real, sino meras distracciones que el sabio atraviesa sin detenerse.

Capítulo XVII

Cuenta Crisipo que un hombre se enfureció porque alguien lo llamó "carnero marino". Y en el Senado, presenciamos cómo Fido Cornelio, yerno de Ovidio, rompió en llanto al ser apodado "avestruz pelado" por Corbulo. Había soportado injurias mucho más graves contra su honor y sus costumbres, pero ante esta burla su ánimo se quebró. Así de frágil es el espíritu cuando abandona la razón. ¿Qué diremos de aquellos que se sienten ofendidos si alguien imita su forma de hablar o su andar, o si resalta algún defecto físico? Como si esos defectos se volvieran más evidentes en la burla que en la realidad misma.

Muchos se indignan al ser señalados por su edad y sus canas, cuando esas canas son el fruto de los años que desearon alcanzar. Otros se enfurecen al ser recordados por su pobreza, esa misma que intentan esconder de los demás mientras en su interior se lamentan por ella. La estrategia, Sereno, ante quienes buscan ridiculizarnos con insultos y pesadeces, es adelantarse y exponer uno mismo sus propios

defectos. Quien aprende a reírse de sí mismo desarma a quienes intentan burlarse de él.

Se cuenta que Vatinio, un hombre nacido para ser objeto de burla y desprecio logró librarse de las mofas de sus enemigos al ser él mismo el primero en hablar de sus defectos: sus pies torcidos, su garganta enferma y llena de bultos. Fue así como escapó incluso de los ataques de Cicerón. Si Vatinio, con su desvergüenza y acostumbrado a los insultos, consiguió que sus adversarios perdieran el interés, ¿por qué no podría lograrlo quien, armado con el conocimiento y la nobleza de la sabiduría, ha alcanzado la perfección en su carácter?

Además, Sereno, el desarmar a quien intenta ofendernos es en sí mismo una forma de venganza. Nada irrita más al injurioso que ver cómo su burla cae en oídos indiferentes. En su interior dirá: "¡Desgraciado de mí, parece que ni siquiera me escuchó!" Porque el placer de la injuria reside en la herida que inflige y en la ira del que la sufre. Y si alguna vez fallas en contenerte, no temas: siempre habrá otro que haga justicia por ti.

Capítulo XVIII

Entre los muchos vicios de Cayo César, destacaba su habilidad para injuriar a otros, señalándolos con burla y desprecio. Era un sarcasmo andante, Sereno, que, irónicamente, presentaba una figura hecha para la mofa: su palidez, casi espectral, ya parecía el reflejo de una locura oculta; sus ojos torcidos, medio ocultos bajo la frente arrugada, y su cabeza calva y desprovista de dignidad solo reforzaban esa imagen. Tenía una cerviz áspera, con cerdas, piernas flacas y pies mal formados. Y, pese a todos esos defectos, sus palabras mostraban la arrogancia de un espíritu cruel y desvergonzado con todos, sin importar el rango ni la cercanía. Pero fue esa misma lengua la que le llevó a su final.

Entre sus íntimos estaba Asiático Valerio, un hombre fuerte y feroz, conocido por su incapacidad de tolerar el agravio. Pues bien, en un banquete público, Cayo se atrevió a ofenderlo en voz alta, aludiendo a la vida privada de su esposa con detalles vulgares. ¡Imagínalo, Sereno! ¡Un príncipe que presume su conocimiento de los

vicios y la vida íntima de sus allegados, y que lo expone ante otros sin remordimiento! Ningún hombre con honor habría soportado aquello, y mucho menos un hombre de carácter como Valerio.

A otro, Querea, un tribuno de voz suave y maneras delicadas, lo apodaba Venus o Príapo, insinuando debilidad en un hombre que manejaba las armas. Y esto lo decía Cayo, el mismo que vestía con galas y joyas, adornándose como si él fuera el más vanidoso de los afeminados. Este agravio fue la chispa que encendió el odio de Querea, quien finalmente decidió que ya no le pediría el nombre, sino que se lo arrebataría con el hierro. Querea fue el primero en levantar la mano, el primero en herirlo. A su golpe siguió una oleada de espadas, todas con cuentas que saldar, y quien mostró la mayor hombría fue, irónicamente, aquel a quien Cayo menospreciaba.

Tan amigo era Cayo de las injurias, que no toleraba ninguna en su contra, viendo en cada palabra un agravio. Se enfureció cuando Herenio Macro lo saludó con un simple "Cayo", y no dejó sin castigo a un soldado que se atrevió a llamarlo "Calígula", un nombre que, en otros tiempos,

había llevado con orgullo, al ser hijo del ejército y criado entre las legiones. Pero ya encumbrado, verlo llamado por su antiguo apodo lo consideró una ofensa.

Así, Sereno, podemos consolarnos al saber que nuestra paciencia en no buscar venganza no deja impune al insolente y al arrogante. Hay otros que saldarán esas cuentas por nosotros, pues los vicios de la injuria y la soberbia siempre encuentran un castigo. Sigamos el ejemplo de los sabios cuya paciencia alabamos: Sócrates, que se rió de las sátiras que contra él lanzaban en las comedias; y también, como se cuenta, de su esposa Xantipa cuando le arrojó agua sucia. O como el estratega Iphicrates, quien, al ser insultado por el origen bárbaro de su madre, replicó que la misma madre de los dioses era frigia.

Capítulo IXX

No debemos responder con ira, Sereno, ni dejarnos arrastrar a las disputas; es mejor apartar los pies con calma y desprecio, pues solo los imprudentes se enredan en esas trivialidades. Honores y afrentas del vulgo deben recibirse con la misma indiferencia, sin permitir que nos alegren los primeros ni nos aflijan las segundas. Solo así evitaremos que el miedo o la molestia de las injurias nos impidan cumplir con deberes necesarios, ya sean para el bien común o para nuestra propia integridad. No podemos dejar de acudir a nuestras responsabilidades, ni tampoco descuidar lo que es vital para nuestra salud, por temor a escuchar lo que nos disgusta oír.

Cuando nos enojamos contra los poderosos y mostramos este enojo de manera impetuosa, erramos al pensar que la libertad consiste en no soportar nada. Al contrario, la verdadera libertad reside en saber enfrentar la injuria con serenidad y en buscar en uno mismo las fuentes de alegría y paz, sin depender de lo externo. De ese modo, nuestra vida no se verá

alterada por el temor a las palabras hirientes ni a los juicios ajenos.

Después de todo, ¿quién no puede lanzar una afrenta, si cualquiera tiene la capacidad de hacerlo? El sabio, Sereno, recurre a una estrategia distinta de la del ignorante. A aquellos que aún están en su aprendizaje y en el camino hacia la virtud, se les debe recordar que su camino estará lleno de afrentas y desprecios. Quien los anticipa encontrará todo más soportable.

Los más nobles, aquellos con fama y fortuna, deben recordar que la valentía se demuestra en la adversidad. Las legiones más fuertes toman la vanguardia en la batalla. Así, deben soportar los insultos, las calumnias y los agravios como si fueran el clamor de un enemigo distante, como si fueran flechas y piedras lanzadas desde lejos, que solo resuenan en sus yelmos sin causar daño real. Las palabras de desprecio deben enfrentarse sin debilidad, sin abandonar el lugar que nos fue asignado. Aunque las afrentas aprieten, aunque la violencia te rodee, la rendición sería una vergüenza; mantente firme en la posición que la naturaleza te ha otorgado.

Si me preguntas, Sereno, qué posición es esa, te diré que es la de un hombre. El sabio, que

ya ha alcanzado su victoria, se encuentra en un terreno distinto al vuestro, pues mientras vosotros aún lucháis, él ha conquistado la paz. No resistáis el bien que os espera y, mientras os acercáis a la verdad, llenad vuestros ánimos de esperanza. Aceptad lo que es mejor y reconoced con ansias y convicción que, en la república de la humanidad, existe un ser invencible, un espíritu sobre el que la fortuna no tiene poder.

FIN

Libro (2)

De la Brevedad de la Vida

Por:

Lucio Anneo

Séneca

Una versión moderna en el lenguaje de

Gordon McAllister

Capítulo I:
La Eterna Queja del Hombre

La mayoría de los hombres, Paulino, arrastra el mismo lamento contra la naturaleza, como soldados que han sido traicionados por su propio general en medio de la batalla: creen que su tiempo en esta vida es escaso, que la existencia misma les es dada con la mano izquierda, tacaña y fugaz. A sus ojos, la vida es un camino tan breve y accidentado que, a pesar de todos sus esfuerzos, los deja sin alcanzar el horizonte, empantanados en los mismos preparativos de lo que apenas llaman vivir. Este grito se alza no sólo entre el gentío ignorante y común, sino también entre hombres que dejaron huella en el mundo, varones que deberían haber alcanzado alguna serenidad en su juicio.

Así, el más reconocido de los médicos proclamó una verdad amarga: *"La vida es corta, largo el conocimiento"*. Y hasta Aristóteles, que en su sabiduría supo desentrañar los misterios de la naturaleza, levantó una queja amarga contra su propio hacedor: «A los animales, sin grandes empresas ni ambiciones, se les otorga larga

existencia, mientras el hombre, dotado de visión y destino, es limitado y pronto arrojado a la oscuridad».

Mas yo te digo que esta queja es infundada, que la vida no es tan breve como parece, sino que el hombre la consume malgastando su tiempo como un ejército que pierde el día y la fuerza saqueando botines insignificantes. Porque la vida, Paulino, es suficientemente larga y vasta para quien se muestra digno de ella. Quien no la disipa en el lujo vano ni la agota en la desidia, quien no deja que el ocio malsano le robe sus días, encuentra en la vida un tiempo generoso, suficiente para alzarse hasta las más altas empresas.

Porque, como ocurre con las arcas de un reino, por vastas que sean, se desploman cuando las maneja un señor malgastador y se multiplican cuando son administradas con prudencia, así ocurre con nuestros años. Para quien sabe emplearla, la vida resulta sorprendentemente generosa; pero para el que, en su insensatez, la entrega a los vicios y al vacío, la vida se convierte en una cuerda que se va deshilachando rápidamente en sus manos.

— O —

Capítulo II:
Los Años que Dejan Escapar

Es un misterio que todos los hombres sabios y de talento reconocen, una sombra de incomprensible ceguera en el alma de los hombres. Son recelosos y fieros guardianes de sus posesiones materiales; los verás enloquecer y correr al filo de las espadas si una disputa por sus tierras o un robo amenaza su propiedad. Pero ¡cuán distinto es su celo por defender su tiempo! En ese campo los encuentras apáticos, despreocupados, permitiendo que los minutos y las horas les sean arrebatados por cualquier intruso que llegue a tocarlos.

De su dinero se cuidan con celo, más su tiempo, lo único que jamás podrá reponerse, lo reparten como la más barata de las monedas. Llegan incluso a poner en manos de otros su futuro, sin advertir que así se desprenden de ellos mismos, como un hombre que se dispone para el sacrificio.

Ahora, Paulino, pongamos ante el espejo a uno de esos hombres que ha llegado a la vejez, doblegado bajo el peso de los años, pero casi sin

memoria de sus propios días. Invitémosle a hacer cuentas de su vida. Que enumere, en años y en días, cuánto de su tiempo le ha robado el mercader al que debía pagar, cuánto se le ha ido en la compañía de amigos insensatos o ante los reyes a los que se sometió; cuánto de él perdió en quejas, en disputas matrimoniales, en el envenenado trabajo de quienes le servían o en el vano desfile de ambiciones ante los magistrados. Y que añada a todo esto las enfermedades que él mismo se procuró, el tiempo que desperdició en ansias, en temores vanos, en esos deseos fugaces que tanto ocupan, pero nada dejan.

Si se detiene a medir, verá que su vida no es tan extensa como imaginaba, y advertirá que la muerte le ha llegado temprano. Vivís, Paulino, como si la vida fuera a extenderse hasta el infinito, y en esa convicción todo lo teméis con una certidumbre mortal, pero vivís y deseáis como inmortales. Cuando llega el juicio sobre sus días, los hombres afirman con voz alta: *"A los cincuenta descansaré en paz, y a los sesenta me libraré de las ataduras de la vida."* Pero ¿qué ley natural, qué decreto de los dioses garantiza esos años? ¿No te avergüenza, alma noble, reservar para tus últimos y más desgastados días el tiempo de la reflexión,

cuando ya tus fuerzas te han abandonado y nada queda por experimentar?

Es un capricho insensato posponer el acto de vivir, reservando el privilegio de una vida serena y pensante a esos años que quizá no se alcancen. ¡Qué insensata es la mano que lanza al vacío los tesoros de su propia vida, y cuán irónico es que sólo comiencen a vivir realmente aquellos que ya deben abandonarla!

Capítulo III:
La Ilusión del Ocio en el Poder

Observa, Paulino, cómo incluso aquellos que se encumbran en la cumbre de la fortuna, rodeados de honores y riquezas, pronuncian a menudo palabras que claman por la paz del ocio. Desde lo alto de sus pedestales anhelan el retiro como si fuese un bien supremo. En un arrebato sincero y lleno de nostalgia, sueñan con descender de sus tronos, liberar sus mentes de los grilletes del poder y consagrarse a una vida para ellos mismos. Los verás lamentar su suerte y murmurar deseos por un tiempo en el que, al fin, el peso del mundo deje de recaer sobre sus hombros. Incluso el divino Augusto, sostenido por el favor de los dioses, no dejó de susurrar para sí sus anhelos de reposo. Un hombre que pudo alinear el curso de los astros si lo deseaba, que vio a las naciones rendirse a sus pies y a los hombres obedecerle ciegamente, no podía apartar su espíritu del ensueño de un día en el que, finalmente, dejaría de ser emperador para simplemente ser. El dulce y falso consuelo de pensar en ese ocio nunca alcanzado llenaba sus pensamientos en cada conversación, como si con

palabras pudiera adelantarse a lo que la realidad no le permitía. Se engañaba a sí mismo, Paulino, con una fantasía que jamás conocería, porque esa paz soñada no podía coexistir con su grandeza.

Sus días no fueron sino una cadena de batallas, de rivalidades que desgarraban su corazón y de traiciones que envenenaban su mente. Desde los días de su ascenso hasta su último suspiro, su vida fue una sucesión de tormentas, primero contra sus propios conciudadanos, luego contra colegas y, al final, contra su propia sangre. Combatió en los rincones más lejanos, en tierra y en mar, desde los Alpes hasta las arenas de Siria y los ríos del Este, añadiendo tierras y fronteras para Roma a costa de más vidas de las que el suelo pudo beber. Pero ni las tierras más distantes, ni los éxitos más resonantes lograron apaciguar su espíritu, y la guerra misma fue poco en comparación con el veneno que bullía en el corazón de su propia ciudad. Murena, Cepión, Lépido, y tantos otros, todos con sus cuchillos en acecho, esperando el momento de arrebatarle la gloria, conspirando hasta en sus más cercanos círculos.

Augusto anhelaba el ocio como un sediento ansía un oasis, su esperanza se

alimentaba en el mero pensamiento de la paz, una paz inalcanzable. Así pues, su vida, cargada de poder y dominio, se consumió en su deseo de un descanso al que nunca pudo llegar. Comprendió el precio de su gloria, ese costo secreto que los poderosos llevan siempre sobre sí mismos, y mientras más se aferraba a sus triunfos, más se perdía el ocio que tanto deseaba.

Recuerda, Paulino, que los hombres más grandes, los que acumulan montañas de poder y riquezas, cargan sobre sus hombros el yugo de sus propios deseos incumplidos.

Capítulo IV:
La Farsa de la Libertad de Cicerón

Mira a Marco Cicerón, Paulino, aquel gigante de las palabras que enfrentó las tormentas de Catilina y Clodio, soportó las espadas de Pompeyo y las intrigas de Craso, como una roca enfrentando el embate de la República que se tambaleaba y le exigía sostener su peso hasta el último suspiro. Pero ¿qué ganó Cicerón al resistir en medio de aquella tempestad? Solo amargura, y un nombre que lo perseguía con las ironías del tiempo. Fue, sin duda, el más brillante defensor de una Roma que ya tenía su destino sellado, y él, aunque supo aferrarse a su virtud, jamás halló paz en la victoria ni en la derrota.

¡Cuán amargo era para él recordar aquellos días en los que se le alabó como cónsul salvador de Roma! Con su elocuencia, era capaz de mover al Senado, de seducir al pueblo, de enardecer las almas.

Y, sin embargo, le oímos en una carta a Ático, en su finca de Túsculo, declararse "a medias libre." Cicerón, el gran Cicerón, el héroe de Roma, encadenado por el peso de las

decisiones de otros, titubeando entre la libertad y el deber, abatido por su propio éxito. ¡Qué ironía tan punzante, Paulino! Porque quien se atreve a llamarse "a medias libre" es alguien que no comprende la verdadera libertad; no sabe que la libertad no es un permiso parcial, ni un bien que pueda fraccionarse.

En su misma senda vemos a Livio Druso, guerrero de leyes, defensor de una Italia que arde de furor, arrastrado por su sed de grandeza, como un torrente que ni quiere ni puede detenerse. Desde joven, Druso hizo del foro su terreno de conquista, desterrando a la infancia cualquier amago de inocencia y convirtiendo la ambición en su único guía. El mismo que desde niño subía al estrado para defender a los acusados, agotó hasta la última gota de su propia alma, y cuando, al final, se tambaleaba al borde de la autodestrucción, se permitió, quizás demasiado tarde, lamentar que jamás había tenido un día de descanso.

¿Qué más nos dice esto, Paulino, sino que aquellos que nos parecen colosos de libertad no son más que sombras que apenas rozan su propia paz? Viven atormentados en su lucha por alcanzar lo que llaman "gloria", y cuando la

obtienen, cuando creen haber dominado al mundo, solo hallan desilusión, pues la libertad que soñaron no estaba en el brillo del poder ni en el respeto de la multitud. La libertad verdadera es la que vive apartada de ambiciones vacuas, la que se gobierna a sí misma y no depende de las cadenas invisibles de las expectativas ajenas.

Recuerda, Paulino, que el sabio no se permite ser "a medias libre".

Capítulo V:
El Tiempo Perseguido y el Tiempo Perdido

Escucha bien, Paulino, porque esto que te digo vale más que todo el oro de la tierra: aunque os concediera el destino mil años para vivir, la mayoría de vosotros seguiríais atrapados en el mismo abismo de vacío y dispersión. La vida se os escapa como un puñado de arena fina, y ni os molestáis en cerrar el puño. Ahí está la trampa, el engaño al que voluntariamente os sometéis, consumiendo el tiempo como si no fuera más que un recurso renovable e inagotable.

Primero tengo que señalar a quienes viven únicamente para el vino y la lujuria, aquellos que han hecho de su apetito un amo despiadado. Su ocupación es la más ruin de todas, pues ni siquiera su vicio tiene la dignidad de otros errores; mientras el avaro y el belicoso aún buscan algo tangible, los esclavos del deseo se entregan a su propia ruina. Piensa en esos banquetes interminables donde las almas se ahogan en el placer vacío, en las miradas ansiosas que buscan siempre la próxima gratificación, en los pasos apresurados hacia una nueva fuente de

distracción. Esos esclavos del cuerpo no se pertenecen a sí mismos; su tiempo, su vida, les pertenece a otros.

¿Y los demás? Los que persiguen la gloria, los que amasan fortuna, los que buscan amores y alianzas como si en ello estuviera el sentido de su existencia… Todos, en algún momento, hallarán que su tiempo se les ha ido en maniobras, en intrigas, en conquistas que solo alimentaron su ego, pero nunca su espíritu. Fíjate en ellos, Paulino: míralos mientras calculan con ansiedad sus beneficios, mientras se llenan de temor o ambición, mientras corren a satisfacer a un superior o mendigan una sonrisa de sus iguales. Todo lo miden, todo lo temen, todo lo persiguen… y nada de lo que obtienen les satisface.

¿Dónde está el tiempo, Paulino? Se ha perdido en los cálculos y los engaños, en las cenas y en los pleitos, en las promesas de afectos vacíos y en las alianzas de conveniencia. No respiran ni un solo instante que puedan llamar suyo, no tienen ni un segundo de vida que les pertenezca realmente. Se han dejado arrebatar su tiempo y su existencia misma, ya sea por el placer o por la ambición. Y mientras sus cuerpos y mentes se

doblegan ante esa sucesión de falsas promesas, el tiempo—su tiempo—se disuelve. Lo que queda, entonces, no es una vida, sino un rastro de sombras y espectros.

Recuerda, Paulino, que es en la razón, no en el desenfreno, donde reside la verdadera libertad, porque la razón tiene el poder de expandir el tiempo y de hacer eterno cada instante en que nos pertenece.

Capítulo VI:
La Vida, ese Tiempo Vigilado

Hay, Paulino, quienes llegan al final de sus días sin haber entendido el secreto de vivir. Pasan sus años sin dueño, repartiéndolos como monedas en manos de cualquiera que los pida. Pero el sabio, el verdadero hombre eminente, no entrega ni un instante sin la firmeza de saber que ha sido bien gastado, pues valora su tiempo como el recurso más preciado. Su vida, entonces, se despliega no como un río desbordado y errático, sino como un curso firme que se desplaza sin desviarse, un caudal de propósito y claridad.

Mientras el sabio vive en la extensión de cada segundo que le pertenece, los demás andan distraídos, rodeados de ocupaciones, de compromisos que les ahogan, de urgencias ajenas que les quitan el aliento. A veces, Paulino, los oyes suspirar, decir que les falta vida, como si no fuera evidente que han permitido a otros cargar sus años sobre sus espaldas. Han dejado que el peso de las demandas de los demás asfixie su propia existencia. Y así, un cliente, un juicio, una

reunión más… y los días se evaporan como neblina, sin dejarles nada propio.

Cada rincón de la vida de estos hombres lo llenan quienes buscan su atención: el acusado que consume su tiempo con largas defensas; el candidato que requiere favores; la amiga envejecida y sin herederos que arrastra al público en sus ceremonias de luto y testamentos. Y esos días que les roban, aunque los sienten, parecen inevitablemente impuestos. "¿Cuándo será que este año termina?", dicen, como si la carga del tiempo los sofocara. "¿Cuándo acabará esta obligación?", murmuran mientras atienden, como esclavos, a los asuntos de otros. Quienes se pasan la vida en esta espera no ansían la vida, sino el final de su servidumbre.

Contrasta esto con el que es celoso de sus días y organiza cada jornada con la serenidad de quien se halla en posesión de su vida. Éste no teme al mañana ni ansía el fin de su jornada, porque cada momento es suyo. El placer y el peso de cada hora lo soporta con dignidad, ni llenando su tiempo de tareas sin sentido ni entregándolo a la ociosidad vacía. Vive, entonces, no sólo muchos años, sino que cada instante le es vasto y

pleno, y no necesita del paso de los días para comprender la verdadera duración de la vida.

No confundas, entonces, la existencia prolongada con la vida plena. Muchos confunden el tiempo agitado con una navegación lograda; sin embargo, Paulino, aquellos que van de tormenta en tormenta, que dejan que el viento de las circunstancias los arrastre sin rumbo, nunca han navegado. Han sido zarandeados, arrojados de un lado a otro por los impulsos ajenos, pero nunca, jamás, han alcanzado el puerto de una vida realmente vivida.

Capítulo VII
La Brevedad del tiempo

Los hombres siempre se quejan de la brevedad del tiempo. No es raro escuchar a quienes, cargados de años, lamentan que su vida se ha desvanecido sin que apenas lo notaran. Pero no es la naturaleza quien nos roba el tiempo, sino nuestra propia negligencia. El tiempo, esa moneda única e irremplazable, se gasta más rápidamente en manos de quienes lo desperdician en trivialidades, sin entender su valor.

Observa a aquellos que dedican su existencia a causas ajenas. Los verás apresurándose de un lado a otro, ocupados con tareas que no les pertenecen, empeñados en satisfacer las expectativas impuestas por otros. Desde la primera luz del día hasta la caída de la noche, están entregados al bullicio, consumidos por la obsesión de parecer ocupados. Creen que la vida es una carrera interminable y que solo al final encontrarán el descanso. Pero cuando llega ese descanso, no es por elección, sino por la inevitabilidad de la muerte, que los sorprende mientras aún creen tener tiempo.

El tiempo perdido no puede recuperarse. Es como un río que fluye sin cesar; cada segundo que se escapa nunca regresa. Los hombres ocupados, atrapados en su red de compromisos, son como aquellos que intentan llenar un recipiente roto. Siempre están vertiendo, pero nunca lo ven lleno. Y cuando finalmente se detuvo a reflexionar, descubren con horror que han desperdiciado lo más precioso que poseían: el tiempo.

Considere a quienes buscan el favor de los poderosos. Pasan largas horas esperando, soportan humillaciones y sacrifican sus propios deseos en aras de obtener un reconocimiento fugaz. Dedican sus días y noches a complacer a otros, solo para darse cuenta, demasiado tarde, de que nunca vivieron realmente para sí mismos.

La mayoría de los hombres no viven, simplemente existen. Se dejan arrastrar por la corriente de la vida, esclavizados por las demandas del día a día, sin detenerse a reflexionar sobre lo que realmente importa. Temen el silencio porque en él resuena una verdad

insoportable: han desperdiciado su vida. Prefieren llenar su existencia con ruido, con tareas insignificantes que les den la ilusión de progreso, para no enfrentarse a la realidad de su mortalidad.

El sabio, en cambio, comprende el valor del tiempo. No se deja atrapar por el frenesí de la multitud ni se preocupa por las opiniones ajenas. Vive con propósito, sabiendo que cada momento es un regalo que debe ser aprovechado al máximo. No teme a la muerte porque sabe que ha vivido plenamente. Cada día es una oportunidad para crecer, aprender y dejar una huella que trascienda su tiempo en este mundo.

El tiempo bien empleado se convierte en un legado inmortal. No importa cuán corta sea la vida en años; lo que realmente cuenta es la intensidad con la que se vive. Cuando llega el momento final, el sabio no lamenta los días que le faltaron, sino que celebra aquellos que vivieron con propósito y plenitud. Porque, al final, no es la duración de la vida lo que se mide, sino el valor que se extrajo de cada instante.

Así, mientras los hombres comunes maldicen su suerte y claman por más tiempo, el sabio sonríe con serenidad. Sabe que, aunque la vida es breve, él ha sabido transformarla en algo eterno. La verdadera riqueza no se encuentra en los años, sino en los momentos vividos con significado.

Capítulo VIII:
La Ilusión del Tiempo Regalado

Paulino, resulta inquietante observar cómo el tiempo es tratado con una ligereza que no se concede ni a los bienes más mundanos. Mientras se desgastan en proteger lo material, hombres y mujeres distribuyen su tiempo a otros como monedas que no cuentan, sin advertir que la existencia se desangra en cada instante regalado. Se presta el tiempo como si fuera una bagatela, un obsequio vacío, aunque es la única posesión irrecuperable.

Resulta curioso: cuando el tiempo se tiene en abundancia, es entregado sin reticencias, pero, ante la amenaza de su pérdida final, ¡cómo se aferran a la vida! Los mismos que derrochaban sus horas se arrastran ante médicos, suplican una cura, harían cualquier cosa por un respiro más, por un latido extra en el pecho. Es en esa contradicción donde se revela la ceguera humana: sólo valoran el tiempo cuando sienten que se les escapa. Si tan solo pudieran ver cuánto les queda, si el tiempo se les mostrara con la precisión de un grano de arena resbalando por un reloj de vidrio,

se harían conscientes de lo poco que queda y lo usarían con avidez, en lugar de regalárselo al vacío o a los caprichos ajenos.

Lo trágico, Paulino, es que dan y pierden años sin advertirlo. Ignoran que nadie puede devolverles los días y que el tiempo, una vez gastado, es tierra irrecuperable. La vida se desliza, sigilosa y sin prisa, sin detenerse por las súplicas ni los actos de los poderosos. No se deja ralentizar ni acelerar por decreto ni por deseo. Y al final, mientras ellos se entretienen en distracciones triviales y asuntos pasajeros, el río del tiempo sigue fluyendo, hasta que llega, sin avisar, el momento definitivo en que la muerte se convierte en la última cita. Una cita para la que, quieras o no, siempre debes hacer un hueco.

Capítulo IX:
Los Constructores de Castillos en el Aire

Nada más absurdo, Paulino, que aquellos que, creyéndose prudentes, levantan laboriosos edificios de planes que se desmoronan antes de concretarse. Pasan su tiempo en la construcción de una vida mejor a expensas de la que ya tienen. Traman para el futuro, robándose el presente; y entre sus manos se escurre el hoy como agua imposible de retener. La espera, esa cruel asesina, es la enemiga mortal de quienes ansían vivir, pero se abandonan al «mañana». Todo lo que tiene asegurado está en sus manos, y, sin embargo, lo relegan en favor de un día incierto, confiado a los caprichos de la suerte.

El poeta más sabio de los tiempos nos advierte: los mejores días son los primeros en huir, dejando a los mortales, torpes y pasivos, aferrados a promesas que ni saben si llegarán. «Si no tomas el día, se va», canta, recordándonos que la vida no espera, sino que fluye como un río rápido y esquivo. No se trata de esperar grandes épocas o logros lejanos, sino de atrapar los «días»,

esos fragmentos diminutos que se pierden por no tomarse con prontitud. ¿De qué sirve anhelar futuros años si en cada segundo perdido se va la vida misma?

Estos hombres míseros, los eternos atareados, se dejan arrastrar por la marea del tiempo sin ver cómo la vejez, sigilosa y calculadora, se aproxima. Y al llegar a ella, se encuentran sin preparación, sin un solo momento disfrutado en paz, sin haber planificado más que un cúmulo de «mañanas» que nunca se volvieron realidad. Así como un viajero absorto en una lectura o conversación nota de repente que ha llegado a su destino sin haber visto el camino recorrido, estos ocupados no perciben el trayecto de su propia vida. Solo cuando la muerte, su parada final, les abre los ojos, entienden cuánto dejaron pasar, cuánto de su vida verdadera sacrificaron en aras de una promesa que nunca se cumplió.

Capítulo X:
La Prisión de los Atareados y la Libertad del Sabio

Si he de descomponer los fundamentos de lo que he afirmado, Paulino, hallaré incontables argumentos para demostrarte que la vida de los atareados es, en realidad, la más corta y la más miserable. Fabiano, el sabio de los tiempos antiguos, decía que contra los impulsos de la vida no hay que luchar con pequeñas tretas, sino con una embestida decidida. A los vicios se los aniquila, no se los acaricia. Y cuando veo a esos que corren tras el aire, entregando sus días a lo que nunca les devolverá nada, siento que más que reprocharles su miseria, deberíamos compadecerlos.

La vida puede dividirse en tres tiempos: el pasado, el presente y el futuro. De estos, el presente es un suspiro; el futuro, un desconocido; y el pasado, el único tiempo que nos pertenece de manera irrefutable. Los atareados, sin embargo, jamás pueden poseer su pasado. Lo temen, lo ocultan, rehúsan mirarlo a los ojos. Porque al confrontarse con sus días perdidos, se ven desnudos de propósito, con las manos vacías y la

mente atiborrada de arrepentimientos. Su pasado es un espejo cruel que devuelve el reflejo de lo que han derrochado; y por eso rehúyen, como criminales, la contemplación de su historia.

Al contrario, quien ha vivido guiado por el sabio dominio de su espíritu, encuentra en el pasado un refugio sagrado, una tierra propia que nada ni nadie puede arrebatarle. Es allí donde, lejos de las inclemencias de la fortuna, se encuentra su auténtica riqueza, esa porción de tiempo intocable y pura, libre de los estragos de la suerte y del daño de la enfermedad o la miseria. Quien no es esclavo de sus días, puede caminar por cada uno de ellos y recoger, a voluntad, el fruto que le han dejado. Los espíritus de los atareados, sin embargo, se asemejan a bestias de carga, incapaces de girar la vista hacia su pasado, obligados siempre a avanzar bajo el peso de obligaciones sin sentido. Su tiempo cae en un pozo sin fondo; aunque lo alimenten con todos los días que puedan, su vida se escapa entre sus manos. El presente, esa fugaz línea entre lo que fue y lo que vendrá, se les desliza como agua imposible de atrapar.

Para ellos, él ahora es un espejismo; sus quehaceres les roban incluso ese instante mínimo.

La vida, Paulino, no es sólo una sucesión de años. Es un destello breve y delicado que, en las manos del sabio, se convierte en eternidad; pero en las de los atareados, desaparece antes de que logren siquiera sentirlo.

Capítulo XI:
Los Muertos en Vida

Si deseas entender cuán poco vive realmente el hombre común, sólo observa cuánto se aferra al deseo de prolongar su vida. Esos ancianos, Paulino, desgastados y temblorosos mendigan a los dioses una extensión de años que ya no tienen fuerzas para soportar. Llegan incluso a fingir que su edad es menor, se enredan en el autoengaño con la esperanza absurda de engañar al propio destino. Pero cuando un dolor los enfrenta a su condición mortal, sus súplicas mudan en llantos; no mueren con dignidad, sino que son arrancados de la vida con gritos de terror.

Esos mismos que en su lecho de muerte claman que jamás vivieron, se prometen a sí mismos, si sobreviven, dedicar sus días al ocio. Entonces, y sólo entonces, se enfrentan a la vacuidad de las cosas que acumularon, a la futilidad de sus logros, a todo lo que han malgastado sin jamás disfrutarlo. Por contraste, la vida del sabio se revela en su serenidad: ningún momento le es sustraído, nada de su existencia cae presa de la negligencia o de la pereza, ni de la

mezquindad. Así, cuando llegue el último día, el sabio lo enfrenta sin miedo; su vida, aunque breve, ha sido plena.

¿A quién llamo entonces "atareados"? No a los que se sumergen en las tribulaciones públicas, sino también a aquellos que, aun retirados en sus villas, desgastan sus días en tareas triviales, esclavos de sus propios caprichos y vanidades. Y tú, ¿llamarías ocioso a quien pasa el día clasificando con meticulosidad sus vasos de Corinto, valorando un metal oxidado como si en ello hallara propósito? ¿O a quien, adicto a la lascivia de la arena y el combate, consagra horas a presenciar las luchas juveniles, y luego se entretiene acariciando su colección de esclavos, eligiendo según su edad y complexión como si de ganado se tratase?

Tampoco puedes calificar de ocioso al que pasa horas con el barbero, discutiendo cada pelo, examinando cada detalle de su cabellera, incapaz de soportar que un solo rizo quede fuera de lugar. ¿No crees que estas criaturas preferirían el caos en el Estado antes que un desajuste en sus propios cabellos? Cada gesto, cada pensamiento, cada ínfima atención a su apariencia es, para ellos, más preciado que cualquier otra cosa en la vida.

O dime, ¿es ocio lo que practican los que tararean melodías vacuas mientras fingen atender asuntos importantes? ¿O aquellos que organizan sus banquetes como quien orquesta una ceremonia de estado, exigiendo que hasta el menor detalle esté regido por el protocolo de la ostentación?

Hay quienes, en su delirio por aparentar refinamiento, ni siquiera saben si tienen hambre hasta que un criado se lo señala. ¿Y qué decir del noble que, tras instalarse en su litera, pregunta: "¿Ya estoy sentado?" A tal punto han llegado en su desconexión, Paulino, que ni siquiera pueden afirmar si viven o no. Tal desdicha no es ocio; es una enfermedad del alma, una muerte en vida. Vivir, en cambio, no es este espectáculo de poses y vanidad, sino un estado de consciencia profunda. El sabio, al saborear el sabor de cada instante, es el único que posee el tiempo; estos otros, apenas ocupan espacio.

Capítulo XII:
El Engaño de la Vanagloria

Podríamos pasar horas, Paulino, desgranando uno a uno los absurdos con los que muchos desperdician su vida: algunos consumidos por la codicia, otros por la búsqueda incansable de placeres triviales, y no pocos enredados en el vano deseo de saber cosas que ni los enaltecen ni los fortalecen. Es curioso que, tanto en Roma como en Grecia, esta manía por acumular datos inútiles se haya convertido en una obsesión. ¿Qué importa, por ejemplo, quién fue el primero en llevar elefantes al triunfo, si ni esa carga ni su mérito pueden alimentar el espíritu? La historia, en manos de mentes tan superficiales, se transforma en una ristra de nombres y cifras, incapaz de ser guía o inspiración.

La vanidad de estos detalles ocupa la mente de aquellos que creen que el conocimiento se mide en listas. Recientemente, alguien me hablaba con gran entusiasmo de los primeros generales romanos en cada hazaña trivial: "Duilio fue el primero en vencer en el mar; Curio Dentato, en exhibir elefantes." Se sienten sabios,

pero el vacío de estas curiosidades se vuelve evidente cuando intentan compartirlas, sin percibir que no mejoran a nadie y que sus palabras no enriquecen, sino que sofocan.

Y más desconcertante aún es esa tendencia por recordar las atrocidades que se disfrazan de actos gloriosos. ¿Es que debemos venerar a un líder porque, en su afán de mostrar poder, lanzaba hombres desarmados a ser triturados por elefantes, como si en su muerte hubiera belleza o justicia? Pocos actos revelan más sobre la barbarie de la fama y la insensibilidad de la prosperidad que esas historias de un Pompeyo que, en nombre del espectáculo, sacrificaba vidas humanas con la misma facilidad que la soberbia sacaba brillo a sus conquistas.

Esta ceguera, Paulino, es hija de la prosperidad. Nos olvidamos de nuestra fragilidad cuando la fortuna nos da la espalda y la vida se desvanece, sin mayor recompensa que el eco de nuestras vanidades. Así fue el destino de tantos hombres "grandes" de Roma, quienes, ignorando el precio de sus acciones, terminaron pagando con su sangre el precio de su arrogancia.

Capítulo XIII:
El Verdadero Tiempo de los Sabios

La insaciable curiosidad, Paulino, tiene su utilidad solo cuando está bien dirigida. La mayoría, sin embargo, pierde el tiempo con trivialidades, y entre las hazañas que coleccionan con orgullo están las que no salvan ni redimen el espíritu. Hace poco escuché a uno de estos coleccionistas de nimiedades hablar con devoción sobre quién había sido el primero en llevar elefantes en triunfo o en trazar los límites de Roma. ¿Acaso estos detalles dan paz al espíritu o enseñan a soportar la adversidad? ¿De qué sirven? ¿Qué virtud despiertan?

Nuestro amigo Fabiano tenía razón al decir que hay momentos en los que la ignorancia de ciertas trivialidades es preferible al saberse atrapado en su red de vanidades. La verdadera sabiduría, esa que encierra el tiempo eterno en el instante presente, es de los pocos que, libres de las distracciones mundanas, han comprendido el valor real de cada momento. Para ellos, los días no pasan sin dejar huella ni se dispersan en la

nada, sino que se acumulan en un legado tan sutil como inmortal.

Quienes han seguido este camino, quienes se han sentado a los pies de Sócrates, Epicuro, Pitágoras o Aristóteles, no necesitaron lisonjas ni intercesores para acceder a sus conocimientos. Cada uno de estos sabios tiene sus puertas abiertas de día y de noche, sus enseñanzas listas para quien las busque con sinceridad, sus palabras disponibles sin imposiciones ni precio. Ellos no exigen sumisión ni agotan el espíritu; al contrario, lo enriquecen y ensanchan su visión hasta abarcar lo eterno.

Y cuando te encuentras bajo el amparo de estos grandes, no recibes solo sus enseñanzas sino también su tiempo. En esa comunión de pensamientos te vuelves heredero no de sus posesiones, sino de su sabiduría; y esa es una herencia que no mengua, sino que se expande al compartirla. Serás acogido en una familia que no perece, pues sus miembros son inmortales. La grandeza de la sabiduría hace que la mortalidad se transforme en algo mucho más sublime, casi en inmortalidad misma.

Capítulo XIV:
La Tiranía del Tiempo Perdido

La vida se torna breve y desalentadora para quienes, siempre mirando hacia el pasado o el futuro, se olvidan de vivir en el ahora, Paulino. Viven en un constante parpadeo, sin hallar asidero en el presente, al que ven como una transición insoportable hacia lo que nunca llega. De tanto huir de sí mismos, se encuentran finalmente en un rincón sin luz y sin paz, preguntándose en sus últimos días cómo es que la vida se les ha escapado sin una sola conquista real.

Aquellos que buscan en la muerte una liberación, la temen igualmente: su invocación no es más que un grito de auxilio en medio de la confusión. Mientras, el día se les hace interminable, las horas parecen estancarse, y el deseo de avance se convierte en un lastre de insatisfacción que intentan llenar, aunque sea, con el paso apresurado del tiempo.

Al ser liberados de sus deberes, lejos de experimentar descanso, se encuentran sumidos

en una incomodidad desconocida y desesperante; la ansiedad los consume y se precipitan, en un frenesí ciego, hacia cualquier ocupación que les distraiga del vacío interior.

Y así, entre una noche y la siguiente, entre la insatisfacción de los días y la búsqueda de placeres fugaces, se disipa la vida de quienes no saben vivir. Ven en cada noche un refugio, hasta que el sol asoma y nuevamente los enfrenta con su agotadora huida.

Capítulo XV:
Los Placeres Inquietos y la Perpetua Inquietud de la Prosperidad

No es menos inquieta la vida de aquellos que parecen vivir en la cúspide de la dicha, Paulino. Sus placeres están siempre impregnados de zozobra, como si una sombra oscura se extendiera sobre sus momentos de más desbordante gozo. En medio de sus festejos y conquistas, cuando la dicha debería ser absoluta, la pregunta inevitable se filtra: *«¿Hasta cuándo?»* Este pensamiento ha despojado de su paz incluso a reyes poderosos, aquellos que, en la cima de sus imperios, no encuentran sosiego, sino un miedo constante al fin.

Cuenta la historia de un rey persa que, al contemplar las vastedades de su ejército, experimentó un inexplicable y súbito dolor: de aquel numeroso ejército, en cien años, no quedaría nadie. Derramó lágrimas, no por su gente, sino por la certeza de que la juventud y el poder se disuelven como arena entre los dedos. Sin embargo, él mismo aceleraría la caída de su ejército, sacrificando a aquellos mismos hombres

por los que lloraba, llevándolos a batallas y desbandadas que culminaron en una aniquilación prematura.

Es que, en verdad, su prosperidad no tenía raíces sólidas; era tan inestable como el humo que disipa el viento, y cuanto más altos se elevan estos hombres, más temor sienten al desmoronamiento. Viven en la ansiedad constante de proteger lo que han logrado y de asegurar que cada éxito no sea sino el preludio de otro aún mayor. Sin embargo, cuanto más atesoran, más insatisfechos se vuelven, y más fugaz resulta el tiempo, pues no lo emplean para vivir, sino para conseguir nuevas ambiciones que sustituyan a las antiguas.

La vida de estos hombres es como un fuego que arde sin descanso, alimentado por el viento cambiante de sus deseos: lo que fue ambición se convierte en deber, el descanso en una promesa inalcanzable. Nunca dejan de buscar, pero jamás encuentran.

Capítulo XVI:
El Llamado al Puerto Tranquilo

Paulino, amigo mío, ya has enfrentado demasiadas tormentas, soportado demasiadas olas que no solo te han sacudido, sino que han desgastado el hierro de tu carácter. Has cargado en tu hombro fardos de responsabilidades tanto públicas como personales, dejando que tu vida misma se desgaste al servicio de un orden inestable y devorador. Ahora te propongo un nuevo puerto, uno que te ofrece una tregua y al cual puedes arribar para saber, por fin, qué es vivir.

La política, el juego eterno de lo inabarcable, ha tenido ya de tu virtud la más alta muestra de entrega; retira ahora ese espíritu incansable hacia tareas que nazcan del ocio, no de la carga. Esto no significa el letargo ni el ocio vacío que acaricia la necedad, sino una tarea trascendental y elevada: conocerte a ti mismo. Has aprendido a servir, pero ahora descubre el arte de vivir para ti mismo. Las preocupaciones que ahora tienes, esas cuentas que llevas de la tierra y el trigo para alimentar la vasta ciudad

agotan en tu alma una energía destinada a un propósito superior, que no debe consumirse en alimentar el hambre de una sociedad que, por naturaleza, jamás estará satisfecha.

Reflexiona, Paulino, ¿quién más que tú merece este reposo para indagar en sí mismo y encontrar el sentido de los días? La vida se torna vasta y gloriosa cuando el sabio guarda en el silencio los destellos de lo que ha cultivado. Nadie más que tú puede retirar las redes lanzadas en la política para trazar, finalmente, el mapa de una existencia que, bajo el emblema del espíritu elevado, trasciende la fortuna y el caos.

Capítulo XVII:
La Tristeza del Atareado

Escucha, Paulino, y medita bien estas palabras: refugiarse en los asuntos sublimes y elevados es abandonar el peso del polvo terrenal y de sus vanidades. ¿Te parece comparable el vigilar que el trigo llegue íntegro a los graneros, que no se arruine por negligencia de algún transportista, con el atreverse a desentrañar las más hondas cuestiones del universo? Pensar en el peso y forma de la voluntad de los dioses, en la esencia misma del alma y el destino final que la naturaleza nos tiene reservado, es un llamado que pocos pueden escuchar, mucho menos aceptar.

Esos asuntos elevados son el verdadero trabajo que el sabio se impone, alejado del bullicio de quienes, agotados en sus deberes ajenos, no se encuentran nunca consigo mismos. Míralos: cada uno encierra en su vestimenta de pretexta la falta de tiempo y libertad, y bajo la fama de su nombre en el foro ocultan la miseria de los años perdidos en tareas fútiles. La vida se les va en un juego irónico, en el que alcanzan las cimas de sus

ambiciones solo para entender, en el ocaso, que todo aquello fue en realidad una servidumbre.

Recordemos a Sexto Turanio, cuya vida fue sacrificada en el altar del deber, y cuando llegó el momento de retirarse, no soportó la idea de ser libre. Llorado como si hubiera muerto al perder su cargo, clamó para que le devolvieran las labores de las que se había convertido en prisionero. ¡Qué ironía!, ¡qué desesperación la de aquel anciano que, pese a sus años, no podía saborear la paz que tanto había pospuesto! Así, muchos viven, incapaces de detener el torrente de obligaciones, con un deseo de trabajar que se impone a su propia capacidad física.

La muerte, a la que parecen nunca querer mirar, les sorprenderá en la construcción de sus tumbas y monumentos; organizan en vida hasta sus exequias, más preocupados por la ostentación del final que por la calidad de los días. Pero tú, Paulino, debes entender que esos funerales suntuosos y encendidos por antorchas y cirios no llenarán el vacío de una vida que nunca fue vivida para sí misma.

Capítulo XVIII:
El refugio de lo eterno

Paulino, las sombras que hemos invocado nos persiguen, y bajo sus pasos se desmorona el suelo de los días. Años de labor y resistencia, océanos de esfuerzo en nombre de otros, bajo un cielo que apenas rozamos en nuestro anhelo de lograr algo propio, algo eterno. Has cargado con el peso de reinos ajenos, forjado en lo más alto y bajo la tempestad. ¿Es que, acaso, algún hombre que ama la paz, puede hallarla entre cargas ajenas? Te convido ahora a despojarte de ese lastre, a tomar algo del tiempo que tantos te han arrebatado. No para yacer en la indolencia, sino para encontrar aquello a lo que el hombre ha sido llamado.

Verás, mientras otros hallan honor en sostener el peso de las necesidades ajenas, yo te ofrezco el consejo más claro: toma ese mismo esmero que usas para custodiar bienes y tierras, y aplícalo en comprender los misterios que tu espíritu reclama. ¿Acaso no es el conocimiento de lo eterno el único conocimiento que redime? Aquello que desde la esencia divina desciende a

nuestra alma humana: el saber sobre la forma de lo imperecedero, la senda tras la vida, el equilibrio secreto del universo. Estos, Paulino, son los asuntos que nos sostienen, los que sobreviven cuando todo se desvanece.

Y si dices que es labor vana y temeraria enfrentar la vida de este modo, piénsalo de nuevo: ¿no es vano sostener el peso de una carga que se disolverá como el polvo en un vendaval, sin dejar huella ni sosiego en nuestra existencia? Por ello, deja que el sabio legado de los antiguos te acoja, en un puerto donde no hay tempestad que sacuda la paz interior. Así, tu vida, al no pertenecer ni a la fortuna ni a los vientos, vivirá en el refugio de lo eterno.

FIN

Libro (3)

De la Mano de la Providencia

Por:

Lucio Anneo
Séneca

Una versión moderna en el lenguaje de

Gordon McAllister

Capítulo I:
Por qué los hombres buenos enfrentan desgracias

Lucilio, amigo mío, me preguntas por qué, si el mundo está regido por una providencia, los males parecen ensañarse en los hombres buenos. Comprendo tu inquietud, pues el sufrimiento se muestra, en apariencia, como una injusticia. Pero te invito a observar el curso de los astros, la danza de los mundos que no se rige por el azar ni se deja arrastrar por la mano caprichosa de la suerte. Los hombres buenos, Lucilio, no son capricho ni casualidad; ellos son el reflejo mismo de la virtud en este teatro de pruebas.

La Providencia no es un verdugo, sino un padre exigente, uno que enseña no con blandura, sino con el pulso firme del artesano que forja el acero más fuerte. Nos encontramos aquí no para ser acariciados por manos suaves, sino para ser moldeados por el hierro y el fuego de la vida. Así, el hombre bueno no es una víctima de los males; es su discípulo y su imitador, convertido en la verdadera progenie de la divinidad, pues

comparte no solo su semblanza, sino también su espíritu.

Capítulo II

Y dices, entonces, "¿Por qué suceden tantas cosas adversas a los hombres buenos?". ¿Acaso el mal puede tocar realmente a quien ha sido forjado en la virtud? Lo que llamamos "mal" no puede doblegar al hombre íntegro, pues en su espíritu habita la antítesis misma del vicio. Como los ríos que confluyen en el océano sin cambiar su esencia, el bien permanece intacto en el corazón del virtuoso.

Mira, Lucilio, cómo tratan los padres a sus hijos. No como las madres, que a menudo sucumben a la compasión y al deseo de proteger. Un padre demanda esfuerzo, levanta a su hijo al alba, le prohíbe la ociosidad incluso en los días festivos, lo envuelve en la disciplina, en el sudor y, si es necesario, en el llanto. Estas lágrimas son semillas de fortaleza, mientras que las lágrimas que ahoga la indulgencia solo siembran debilidad.

Capítulo III:
Las Pruebas del Valor

A medida que avanzamos, mi querido Lucilio, demostraré que aquellos males que tanto tememos no son realmente tales; más aún, sirven al bien, son pruebas necesarias para aquellos mismos que las enfrentan. Entiende esto: las dificultades, las heridas y las humillaciones que tanto tememos son el cincel que esculpe la grandeza en el corazón de los hombres. Quizá te preguntes, "¿en qué sentido beneficia a un hombre ser lanzado al abismo de su propia resistencia?". Pero, amigo, no todo lo que tememos es para nuestra perdición; de hecho, aquellos que enfrentan estas pruebas salen de ellas más grandes y menos humanos, como guerreros forjados en las brasas del propio infierno.

Mira a Mucio. ¿Es acaso desgraciado porque castigó su error con la misma mano que empuñó la espada? No fue la victoria del rey lo que lo definió, sino su resolución al presionar la diestra contra el fuego enemigo, un acto tan terrible que el rey mismo, antes invencible, huyó.

¿No fue este acto el verdadero triunfo? ¿Hubiera sido mejor para Mucio conservar su mano y renunciar a su dignidad?

¿Y qué diremos de Fabricio, aquel que, habiendo sido grande en la guerra contra Pirro, regresó a sus tierras para labrarlas con sus propias manos, rechazando las riquezas como a otro enemigo? No, Lucilio, Fabricio no fue pobre; fue inmensamente rico en su valor y dignidad. Los hombres que cultivaron su propio sustento y cenaron junto a un fuego humilde conocieron una paz que las riquezas jamás podrían ofrecer.

Considera a Rutilio, quien soportó el destierro con más entereza de la que muchos demuestran al ser honrados. En su rechazo a las indulgencias de Sila, su honor prevaleció sobre la condena, y en su exilio encontró una paz que no podía hallar en una patria corrompida. Ve tú, entonces, el escenario ensangrentado del foro, las cabezas de los senadores arrojadas al lago Serviliano, las calles asoladas por aquellos asesinos a sueldo de la tiranía. Rutilio, en su destierro, fue libre mientras Roma misma permanecía encadenada.

Régulo también, a quien la fortuna no dañó, sino que enalteció. Sus sufrimientos, su

lecho de heridas, su piel perforada y sus noches sin descanso solo fortalecieron su espíritu, mientras Roma observaba el ejemplo imperecedero de su lealtad. Y Sócrates, ¿lo consideras víctima del veneno? Aquel cáliz no fue un castigo sino un emblema de la inmortalidad, una última lección sobre la muerte impartida desde el fondo de la copa. Enfrentó el frío que subía por sus venas no con miedo, sino con una tranquila aceptación, mostrándonos que la muerte es solo una transición.

Finalmente, mira a Catón, quien eligió desafiar a la naturaleza misma con el último acto de valentía. En su resolución, enfrentó la pesada carga de los poderosos con una resistencia implacable. Los grandes enemigos que se le opusieron fueron sus verdaderos aliados en su ascenso a una grandeza inquebrantable. Catón es la prueba viva de que, cuando el hombre bueno se enfrenta a la adversidad, esta no lo destruye, sino que lo purifica y lo eleva.

Capítulo IV.
El Valor en la Adversidad

Las bendiciones y las fortunas llegan tanto al más vil como al noble, pero enfrentar con firmeza las calamidades, aquellas que desgarran el espíritu y aterrorizan a la multitud, es un honor reservado a los hombres grandes. Ser siempre afortunado, transitar la vida sin sufrir las garras de la adversidad, no es un privilegio, sino una maldición disfrazada de dulzura. Porque la virtud, Lucilio, es insaciable en su sed de peligros; no mira con temor lo que habrá de padecer, sino con el ansia de aquel que sabe que en cada cicatriz está marcada su gloria.

Mira a los soldados: se enorgullecen de sus heridas, muestran sus cicatrices con una alegría sombría, sabiendo que cada una de ellas es testimonio de la batalla que han librado y sobrevivido. Huye de las delicias, huye de la felicidad que afemina el espíritu, que adormece las mentes como un vino embriagador. Aquellos que han vivido siempre protegidos del viento, nunca han conocido la fuerza que sólo se encuentra al enfrentarse a las tempestades. Y los

dioses, en su sabiduría, tratan a los buenos hombres como los maestros a los alumnos más prometedores: les exigen más, no por odio, sino porque ven en ellos la madera del héroe, el temple del que se forjan los inmortales.

Capítulo V.
El Destino y la Obra del Hombre Bueno

Es un bien para todos, Lucilio, que aquel que es el mejor enfrente grandes pruebas y realice obras de valor. Dios, como el sabio, nos muestra a través de estos hombres que lo que el vulgo ansía y teme no tiene en realidad ni bondad ni maldad, sino que es la mirada del hombre la que les otorga ese poder. Porque, al final, no somos arrastrados ni coaccionados por un poder tiránico; no hay fuerza, solo la voluntad. Nos adaptamos a la ley eterna del cosmos con serenidad, conscientes de que cada acontecimiento sigue un curso fijo y ancestral.

El buen hombre, Lucilio, no combate al destino; se entrega a él con dignidad. Es un consuelo, un consuelo grande, saber que uno es parte de este vasto tejido que arrastra consigo a dioses y mortales por igual. La misma necesidad que nos obliga a vivir y a morir también ata a los dioses, a todo cuanto existe en esta órbita inquebrantable. A veces, el camino es escarpado y duro, un desafío que sólo los caballos de espíritu

fresco y resuelto pueden emprender al amanecer. Y cuando se alcanza la cima, desde la que se pueden observar los mares y las tierras, el alma, incluso la más valiente, tiembla con temor ante la vastedad que se despliega bajo sus pies.

La última parte del trayecto se inclina y requiere de un freno firme. Es entonces cuando la propia Tetis, al llegar a las aguas a las que todos estamos destinados, nos recibe en su abrazo infinito, como el destino al final del viaje.

Capítulo VI:
La Virtud en el Precipicio

El alma valiente suele mirar el precipicio con cierto temor, sabiendo que su senda es estrecha y peligrosa, bordeando las alturas en las que cualquier paso en falso podría ser fatal. Pero no fue así para el joven guerrero, quien, al escuchar las advertencias de peligro, dijo con un brillo en los ojos: "Subo a ese camino, y me place hacerlo, incluso si la caída es mi destino." Con ese espíritu indomable, retó a los mismos cielos, aceptando lo que los otros evitaban, caminando por el filo donde el Toro embiste, el arco de Sagitario tensa su flecha y el León ruge.

"Prepara los carros y pon el yugo", clamó. "Me fortalece aquello que se supone debe aterrorizarme. Quiero estar en las alturas, donde incluso el Sol tiembla." Porque el débil busca refugio, mientras que la virtud se eleva siempre hacia la cima, más cerca de las estrellas.

Capítulo VII:
La Fortaleza de los Hombres Buenos

"¿Por qué Dios permite el sufrimiento de los buenos?" te preguntarás, Lucilio. No es que lo permita, sino que lo aleja de los auténticos males, aquellos que deforman el espíritu: el crimen, la traición, la avaricia que corroe, la ambición que ciega. Son males del alma, y en eso, Dios los protege, manteniendo su esencia pura y sus corazones sin mancha.

No pidamos, sin embargo, que Dios cargue las mismas pruebas que nos ha dado. En su lugar, debemos considerar la fortaleza que nos ha otorgado, para enfrentar con firmeza cada embate. Así como Demócrito renunció a las riquezas por considerarlas una carga para la mente noble, nosotros debemos también soltar el peso de lo superficial y transitorio.

"Pero la vida trae consigo dolores atroces, pruebas que parecen insuperables", podrías decirme. A lo que te respondo: Dios no nos despojó de esos retos, sino que templó nuestros ánimos para superarlos. En eso, Lucilio, los hombres buenos sobrepasan incluso a los dioses: pues estos viven sin el peso de la adversidad,

mientras nosotros caminamos bajo su carga, con un alma que desafía a los mismos cielos.

Porque, al final, la virtud de soportar la adversidad y mirar al precipicio sin parpadear es nuestro mayor logro, y nuestra señal de grandeza.

FIN

Libro (4)

De la Vida Bienaventurada

Por:

Lucio Anneo Séneca

Una versión moderna en el lenguaje de

Gordon McAllister

Capítulo I.
A Galión

Hermano Galión, todos los hombres desean vivir en bienaventuranza; más se lanzan hacia ella con la mirada perdida, sin saber dónde reside ni en qué consiste. La mayoría camina por rutas confusas, y el ansia que los impulsa no hace más que alejarlos de la verdad.

El primer paso, el más esencial, consiste en definir con precisión el objetivo de nuestra búsqueda y luego preguntarnos qué senda ha de llevarnos hasta él. Debemos mirar cada día, cada acción, preguntándonos si realmente nos acerca a ese ideal o si nos aparta más de él, y tener la audacia de detenernos si estamos errados.

Imagina, Galión, el tiempo perdido en esa agitación absurda, en el bullicio sin dirección; ese tiempo es nuestra vida, breve como es, y al menos debería consagrarse a algo digno. Mientras seguimos a la muchedumbre y nos dejamos arrastrar por la inercia de sus acciones, vagamos en un sendero que no nos pertenece. Sin un guía, seguimos el tumulto de voces que nos aparta del verdadero propósito.

A diferencia de los caminos ordinarios, este viaje espiritual no nos permite hallar orientación en las huellas de otros; con frecuencia, lo que la masa estima correcto es solo una senda de destrucción.

Caminar a ciegas por el sendero de quienes están delante no es sino una trampa. Al igual que en una gran ruina, donde los primeros escombros arrastran a los demás, quien yerra no lo hace en solitario, sino que lleva consigo a otros, cegados por el mismo engaño. Aquí yace el peligro mayor: imitar sin cuestionar, creer sin razón, hasta perder en las corrientes de la multitud aquello que hace nuestra vida única.

Alejarnos de la turba, Galión, es el primer acto de valor que podemos ofrecer a nosotros mismos; renunciar a esa falsa seguridad que ofrece el consenso ciego es el primer paso hacia la verdadera libertad. La razón debe guiar nuestra senda, y no los deseos inciertos de aquellos que nos rodean.

En verdad, apartarnos de la turba es el único camino hacia la salud del espíritu. El populacho defiende con furia sus errores, pues el error compartido ofrece una peligrosa sensación de consuelo. Más valen, entonces, los pocos

pasos firmes que avanzamos en solitario que la multitud de pasos vacilantes que damos guiados por el consenso.

Capítulo II.
A Galión

Cuando hablamos de la vida bienaventurada, hermano Galión, no me respondas con esa frase tan común en las asambleas: "Así lo siente la mayoría." Justo por ser esa la mayoría, Galión, es la peor de las respuestas, pues la virtud nunca es del agrado de las masas. Aquello que los muchos aplauden, con frecuencia alberga el germen de su propia corrupción. Busquemos, entonces, no lo que todos aprueban o lo que está de moda, sino lo que posee un valor eterno, lo que realmente conduce a la dicha inquebrantable. Y cuando hablo del vulgo, no me refiero solo a quienes andan en ropas humildes; también aludo a quienes visten con pompa, pues no es la vestidura la que define al hombre ni el brillo de las joyas el que ilumina su espíritu.

El verdadero bien del alma, Galión, solo puede discernirlo el propio espíritu. Si logramos que nuestra mente encuentre un respiro y se refugie en su interior, podrá, en ese silencio, atisbar la verdad. Allí, en la hondura de su ser, no

tendrá más remedio que reconocer con un atisbo de dolor: "Ojalá todo cuanto he hecho hasta ahora estuviera aún sin hacer. Veo ahora con claridad la futilidad de mis ambiciones, la necedad de mis temores, la falsa camaradería de mis relaciones. No me pertenecía nada de aquello que busqué con tanto ahínco; es más, mis logros me hicieron vulnerable, un blanco fácil para la envidia y el desprecio."

Mira, Galión, a esos que alaban la elocuencia desbordante, que adulan la riqueza y se arriman al poder. Ellos, aunque no lo admitan, son enemigos en potencia, pues con cada halago incrementan también la sombra de su envidia. La admiración de los demás no es más que el preludio del rencor y la avidez que acechan a quienes buscan en la mirada ajena una validación de su vida.

¿Acaso esa es la bienaventuranza que queremos?

Capítulo III.
En Busca de lo Auténtico

Galión, muchos creen que la riqueza de la vida yace en las cosas que brillan, en los metales preciosos y en las vestiduras que exhiben sin pudor los vanidosos. Sin embargo, el hombre sabio no busca el resplandor que deslumbra ni la alabanza de la multitud; su ambición es más profunda y sobria. Lo que busca es aquello que no se marchita con el tiempo, aquello que permanece inquebrantable incluso en la oscuridad. Si alguna virtud existe en esta vida, ha de ser sólida como la roca y maciza en su esencia, no solo un reflejo engañoso de grandeza.

No necesitamos, querido hermano, de opiniones ajenas ni de la admiración pública para confirmar el valor de lo que encontramos en nuestro camino. La verdadera felicidad se halla en vivir en consonancia con nuestra propia naturaleza, siguiendo las leyes innatas y eternas que la sabiduría nos susurra al oído. En este sendero de equilibrio y disciplina, no hay cabida para la excesiva dependencia de la fortuna ni para esclavizarnos a los bienes efímeros.

Así es como hallamos la paz, no como un premio de los dioses ni como la recompensa de un sacrificio vano, sino como el resultado de la renuncia consciente a lo que nos arrastra hacia la agitación y el miedo. La dicha real se revela entonces, junto con una alegría genuina e inquebrantable, una paz que no depende de nada externo y una serenidad decorada con la más poderosa de las virtudes: la mansedumbre.

Galión, la fiereza y el tumulto de las pasiones son síntomas de un alma enferma. La vida bienaventurada exige vigor y valentía, una disposición firme para soportar los embates de la fortuna sin caer en la desmesura. Sólo así, templados en la sobriedad, encontraremos la verdadera libertad y una tranquilidad inalterable, lejos de la esclavitud de lo superficial.

Capítulo IV.
El Verdadero Bienaventurado

Podemos también definir el bien supremo de otra manera, cambiando las palabras sin perder el sentido profundo. Así como un ejército modifica su formación, ya sea extendiéndose en media luna o manteniendo una línea firme y recta, sin por ello perder su fuerza ni su propósito, el concepto de la verdadera felicidad puede expandirse o concentrarse sin cambiar en su esencia.

El bienaventurado, entonces, es quien, con un ánimo contento y sostenido por la virtud, mira sin temor ni deseo las fluctuaciones de la fortuna. Su fortaleza es inquebrantable y su espíritu sabio; su presencia, grata a quienes le rodean. Tal hombre no considera como males las adversidades, ni como bienes las riquezas o comodidades. Para él, el verdadero bien está en su interior, en la serenidad de un alma que no se doblega ni ante el placer ni ante el dolor.

Al observar la vida, el sabio entiende que lo que en verdad nos sostiene es intangible y sólido, algo que no puede comprarse ni perderse.

Mientras los otros corren tras el placer momentáneo o el consuelo efímero, él goza de una alegría serena, una paz que no depende del mundo exterior. Esto, el verdadero gozo, es un don que, una vez alcanzado, permanece siempre en el alma, inmunizado contra las veleidades de la suerte.

Al final, ¿por qué habría de poner en la misma balanza los placeres fugaces y superficiales del cuerpo con la fortaleza inmortal del espíritu?

Capítulo V.
La Verdadera Libertad del Alma

¿Acaso no comprendes cuán desdichado es aquel que permite que los deleites o los dolores lo dominen alternativamente, como amos frágiles y volubles? A tal ser no le queda más opción que la esclavitud, atado a los vaivenes de sensaciones pasajeras. La libertad, en cambio, se alcanza únicamente cuando despreciamos la fortuna, cuando no dependemos ni de sus caprichos ni de sus promesas. De este desdén nace un bien invaluable: una paz inquebrantable del espíritu, una altura serena que nos otorga la verdadera fortaleza.

Este bienaventurado no se regocija en los deleites como si fueran bienes en sí mismos, sino que los disfruta como una consecuencia de su estado interior, sin dejarse encadenar por ellos. Así, el hombre que ha aprendido a no temer ni a desear, gracias a la guía de la razón, encuentra la auténtica bienaventuranza. Pero es preciso aclarar que no basta con la mera ausencia de dolor o de deseo; incluso las piedras y los animales carecen de miedo, y a nadie se le ocurriría considerarlos

dichosos. La dicha, en cambio, es prerrogativa de quien comprende y se eleva sobre el caos de los impulsos.

No es posible llamar bienaventurado al que se deja arrastrar por una naturaleza ruda o que ignora la fuerza de su propio espíritu. Tal persona, más cerca de los brutos que de los sabios, se pierde en sus propios errores, atrapado en una vida sin razón o con una razón enferma, que sólo lo impulsa hacia la autodestrucción.

La verdadera dicha es para aquel que, con juicio claro y firme, sostiene su vida en la verdad. Este hombre no sólo se mantiene alejado del mal; se aparta también de los peligros de las pasiones y permanece en pie, en paz, aun cuando el destino se le torne adverso. Así, aunque el placer pueda envolverlo y llamarlo con sus halagos, no logrará hacerle olvidar el dominio de su espíritu ni reducirlo a servir a los caprichos del cuerpo.

¿Quién, verdaderamente humano, desearía estar sometido, de día y de noche, a los caprichos del placer, abandonando la fortaleza de su alma para satisfacer las demandas del cuerpo?

Capítulo VI.
El Engaño del Deleite

Algunos dirán que el alma también merece deleites, que puede permitirse los placeres sin restricciones. Que así sea, entonces. Que el alma se convierta en el juez de la lujuria, que se hunda en los placeres que cautivan los sentidos, que repase, satisfecho, los excesos del pasado, y anticipe, con ansias, los que vendrán. Pero ¿es acaso esto dicha? Yo lo llamo desdicha, un error fatal en el cual los hombres abrazan lo efímero, creyendo que encontrarán allí algún bien verdadero.

La verdadera dicha no puede brotar de deseos malsanos. Sólo el hombre cuyo juicio es recto y que se contenta con lo que posee—no por resignación, sino por auténtica paz interior—puede aspirar a la bienaventuranza. La verdadera guía es la razón, que ilumina las acciones y disipa las sombras de la falsa satisfacción.

Considera ahora a quienes dicen que el placer es inseparable de la virtud, que un alma virtuosa siempre es alegre. Yo no veo cómo estos dos pueden unirse, pues, ¿acaso no existen

placeres que arrastran al hombre a su perdición y bienes que sólo se alcanzan con esfuerzo y, en ocasiones, sufrimiento? El placer, al ser voluble y servil, no puede coexistir con la virtud, que es incorruptible y perdurable. No confundamos el brillo pasajero del placer con la luz constante de la virtud.

Capítulo VII.
El Contraste Entre Virtud y Deleite

El placer puede hallarse incluso en las vidas más torpes, pero la virtud exige una nobleza que pocos pueden soportar. Hay quienes poseen deleites y, sin embargo, permanecen infelices; es la virtud, y no el placer, la que les falta para ser verdaderamente dichosos. La virtud se sostiene por sí sola y no necesita del placer para su grandeza, mientras que el placer siempre depende de las circunstancias, de lo externo, y nunca podrá ser su compañero constante.

La virtud es firme, alta, llena de dignidad; su lugar está en los templos, en las asambleas de sabiduría, en los campos de batalla, defendiendo principios y fortaleza. Mientras tanto, el placer se oculta en lugares oscuros, en baños vaporosos y rincones donde acechan la degradación y el miedo. Donde la virtud se eleva, el placer se arrastra, aferrado a la satisfacción inmediata, incapaz de sostenerse.

El bien supremo no sabe de caducidad ni necesita suplirse con excesos para evitar el aburrimiento. Es constante, no se altera, ni

requiere adornos. En cambio, el placer es fugaz; en cuanto se experimenta, comienza a desvanecerse, dejando vacío y remordimiento en su lugar.

Capítulo VIII.
La Concordia del Ánimo y el Verdadero Bien

¿Qué hemos de decir entonces, si tanto en los buenos como en los malos existe el deleite, y si, de hecho, los torpes encuentran en su culpa una alegría similar a la que la virtud ofrece a los nobles? Nuestros ancestros nos aconsejaron seguir el camino de la virtud y no del mero placer, entendiendo que el deleite debe ser un aliado, no una guía. La naturaleza es la verdadera brújula, a la que la razón sigue y respeta. Vivir bien, por lo tanto, significa vivir según los principios de la naturaleza.

Expliquemos esto más a fondo: si somos capaces de observar los dones del cuerpo y los placeres transitorios sin convertirlos en señores de nuestro espíritu, si los consideramos tan solo acompañantes en la travesía, relegados al lugar de soldados de apoyo, y no de comandantes, estos placeres se tornan útiles y no tiránicos para el alma. Así, el hombre que aspira a la bienaventuranza debe ser incorruptible y dueño de sí, forjador de su destino, capaz de adaptarse a

la buena o mala fortuna, seguro en su sabiduría y firme en sus decisiones.

Este hombre debe ser armonioso, generoso y cortés, con una razón establecida en sus sentidos. Tal como el universo se rige bajo el orden de Dios y sigue una ley que abraza tanto lo interno como lo externo, así nuestro ánimo debe moverse: ejercitando su autoridad sobre lo exterior, sin perder el dominio sobre sí mismo. De esta manera, construimos una fortaleza interior, una autoridad en armonía, de la cual emana una razón firme y confiada.

Cuando el alma ha alcanzado esta consonancia interior, cuando sus decisiones son ejecutadas sin resistencia, sin vacilación y sin duda, ha llegado al sumo bien. No encontrará ya obstáculos ni sorpresas que la puedan desviar de su propósito, pues todo lo realizará con facilidad y sin conflicto. Los titubeos y las dudas son los síntomas de una lucha interna, de una falta de constancia. Por lo tanto, podemos afirmar con certeza que el sumo bien es una concordia del alma. En la unidad reside la virtud, y en la discordia, el vicio.

Capítulo IX.
La Virtud como Fin Supremo

Me dirás que respeto a la virtud porque espero obtener de ella algún placer. Te respondo que, aunque la virtud pueda dar deleite, no por eso es su fin último. La virtud no actúa para generar placer; su obra es más elevada, aunque en su andar nos regale también esa satisfacción, tal como los campos, arados para dar cosecha, nos ofrecen flores que embellecen sin ser el objetivo del labrador. El deleite en la virtud no es su propósito ni su pago, sino un fruto colateral; agrada no porque deleita, sino que deleita porque es valiosa en sí misma.

El sumo bien, entonces, reside en el juicio claro y en la práctica de una buena intención. Cuando el alma está plenamente inmersa en esta intención, alcanzando su propio término, no necesita de nada externo para completarse, porque el fin no se encuentra fuera de sí mismo, ni lo absoluto necesita algo adicional. Erras al preguntar por qué busco la virtud, como si existiera algo superior a lo más alto. La virtud es

su propio fin, el valor supremo, y la recompensa está en ella misma.

Quizás me digas: "¿Es acaso tan grande lo que ofrece la virtud?" Y yo te respondo que el bien supremo es esa fuerza inquebrantable del ánimo, una profunda sabiduría, una altura de espíritu, una paz, una libertad, una armonía interior y un decoro que no necesita de otro fin. ¿Cómo puede haber algo más allá de esto? No busco el placer del cuerpo, como quien satisface los apetitos de los animales; busco el bien verdadero del hombre, aquel que sobrepasa los deseos pasajeros y se convierte en el pilar de una vida realmente virtuosa.

Capítulo X.
El Verdadero Goce y la Moderación de la Virtud

Me dices que lo disimule, que nadie puede vivir alegre sin vivir conforme a la virtud, y en eso coincidimos. La alegría que nace de la virtud es algo que jamás alcanzarán aquellos que buscan sólo la satisfacción de sus instintos, como los animales que miden su felicidad en términos de comida. Declaro abiertamente que esta dicha auténtica no es posible sin virtud. Pero ¿acaso no es evidente que esos deleites que tú exaltas están al alcance de cualquiera, incluso de los ignorantes y de los malvados?

La verdad es que, con frecuencia, nuestra propia alma nos engaña, poniéndonos trampas disfrazadas de placer. Nos seducen el orgullo excesivo, la soberbia que nos hace sentir superiores, la avaricia, la obsesión por bienes pasajeros y el deleite en cosas triviales y pueriles. Nos dejamos arrastrar por la charlatanería, la pereza, y ese desdén que obtiene su alegría en los errores ajenos. Todos estos placeres engañosos los rechaza la virtud, que se detiene a escuchar su

verdadero juicio antes de admitirlos. Incluso con los placeres legítimos, la virtud no se pierde en su disfrute, sino que se goza en su templanza.

Tú te abrazas al deleite; yo lo domino. Tú haces del deleite el sumo bien; yo lo considero tan solo un pequeño accesorio en la vida. Donde tú encuentras un propósito, yo veo una prueba de dominio. Cuando digo que no persigo ningún deleite, lo hago desde la perspectiva de aquel sabio que encuentra su alegría en el orden que le da la virtud, y no en el placer mismo.

Capítulo XI.
El Dominio del Sabio sobre el Deleite

No llamo sabio a quien es esclavo de cualquier deseo, y menos aún si ese deseo es el deleite. ¿Cómo podrá alguien así enfrentarse a los rigores de la vida, a la pobreza, al peligro o al constante acecho de la muerte y el dolor? ¿Cómo soportará las calamidades del mundo y los golpes de enemigos implacables, si es vencido por un adversario tan insignificante? Aquel que se deja arrastrar por el deleite hará cuanto este le dicte. Pero fíjate en cuántas cosas son las que el deleite insidiosamente le aconseja.

Dirás, quizás, que la virtud será una guía que impedirá la degradación de sus impulsos. ¿Acaso no ves, entonces, la precariedad de ese supuesto bien supremo, que depende de tantas condiciones externas? ¿Cómo puede la virtud regir al deleite si está sujeta a él, si en lugar de liderar, sigue sus pasos? Con ese razonamiento, conviertes a la virtud en un simple instrumento de los placeres. Pero, si se reduce a ese papel indigno, ¿quedará en ella algo del nombre que lleva?

Mientras tratamos este asunto, podría mostrarte numerosos ejemplos de aquellos que se entregaron sin resistencia a sus deleites, forzados por las tentaciones de la fortuna. Si miras a Nomentano y a Numicio, podrás ver cómo viven rodeados de lujos: en sus mesas convergen manjares traídos desde todos los confines del orbe, y ellos, tendidos en sus lechos, se deleitan con músicas, espectáculos y banquetes. Cada sentido es acariciado y aturdido por lujos, mientras el lugar que los rodea es un sepulcro adornado para la lujuria.

Dime si crees que estos hombres viven en deleite, pero no en bienaventuranza. Porque, aunque poseen placeres en abundancia, carecen del bien esencial.

Capítulo XII.
La Falsa Ilusión del Deleite en la Filosofía

Puedes argumentar que esos hombres, entregados al exceso, padecen constantes perturbaciones, inquietos ante las opiniones encontradas que desordenan su mente. Y no te lo niego: en su ignorancia y su desequilibrio emocional, estos hombres viven atrapados en un vaivén de placeres y arrepentimientos, experimentando una loca felicidad que no es más que una alegre demencia. Como los locos que ríen sin motivo, estos individuos se regocijan en una risa que oculta el vacío.

En cambio, los placeres de los sabios son moderados, comedidos, como huéspedes prudentes que apenas hacen ruido en la casa del alma. No los buscan, y cuando aparecen, apenas los reciben, considerándolos meros pasatiempos en medio de la gravedad de la vida. Así, no intentan fusionar lo que no puede fusionarse: la virtud y el deleite. Pues mezclar la virtud con el placer es una traición a la esencia misma de la

virtud y una puerta abierta para que el vicio se deslice bajo un manto de legitimidad.

El hombre dado a los placeres, escuchando que el deleite va de la mano con la virtud, llega a justificar su vicio y lo reviste de un falso prestigio. Su embriaguez, que debería avergonzarlo, ahora la proclama como si fuera sabiduría. Se convierte en el peor de los esclavos, pues encuentra orgullo donde debería haber arrepentimiento, y busca justificar sus debilidades bajo el amparo de la filosofía.

No buscan el deleite que propuso Epicuro, ese placer moderado y sereno. No, estos hombres buscan la indulgencia total, una vida de excesos. Y al hacerlo, han perdido lo único valioso que podrían haber tenido en sus pecados: la vergüenza. Han pasado de avergonzarse del vicio a exhibirlo con orgullo, y en esa desvergüenza, han arrancado de la juventud toda esperanza de redención.

Capítulo XIII.
La Ilusión de la Alabanza del Deleite y la Fortaleza de la Virtud

Por eso mismo, alabar el deleite resulta tan pernicioso. Lo saludable y fuerte se oculta en lo profundo; lo que parece, lo que se exhibe, es lo que nos corrompe. He aquí mi pensamiento (aunque desafíe la opinión de muchos): lo que enseñó Epicuro, si se observa con atención, contiene preceptos rectos y austeros. El deleite, en su forma auténtica, se reduce a un ámbito mínimo y templado, y así como la virtud debe someterse a la razón, Epicuro también manda al deleite que obedezca a la naturaleza, que, a diferencia del vicio, es sencilla en sus demandas.

Sin embargo, el problema radica en quienes, al confundir el deleite auténtico con el vicio desbordado, buscan legitimar sus excesos bajo el manto de una filosofía noble. Con su confusión, creen que están actuando conforme a la ley, y así se entregan a sus deseos no ya en secreto, sino públicamente, sin freno ni vergüenza. De ahí que muchos acusen erróneamente la filosofía de Epicuro de ser una

guía hacia el vicio, cuando, en realidad, su mensaje es malinterpretado por quienes se detienen en la superficie sin profundizar en su enseñanza.

La virtud, en cambio, es como un faro seguro. Cualquiera que se acerque a ella trae consigo la promesa de una voluntad fortalecida, de una naturaleza elevada. El que busca el deleite sin discernimiento revela su debilidad y se entrega a las pasiones como un prisionero que ni siquiera desea escapar. Es esencial distinguir qué deleites son naturales y cuáles llevan al abismo, porque aquellos que se nutren en el exceso son insaciables y nos arrastran a la destrucción.

Así pues, dejemos que sea la virtud la que lidere cada paso. Con ella como guía, todos los caminos son seguros. El deleite, si es excesivo, corrompe; en cambio, la virtud no teme a la abundancia, pues en su misma esencia se encierra el límite justo.

Capítulo XIV.
El Orden Natural de la Virtud y el Deleite

Realmente, hemos sido dotados de una naturaleza privilegiada, adornada con razón. ¿Qué podría ofrecerse a nuestro espíritu que sea mejor que esta virtud innata? Si el deleite nos atrae, que sea sólo un adorno de la virtud, una sombra que la siga sin interrumpir su marcha. La virtud, en su grandeza, no puede ser esclava de nada; debe ser la guía, la que lleva el estandarte. El deleite podrá acompañarla, pero nunca liderarla. Así, encontraremos en él placer sin someternos, lo disfrutaremos sin ser dominados.

Sin embargo, quienes han puesto al deleite como meta, sacrificando la virtud, han perdido ambas cosas. No alcanzan la verdadera satisfacción y, en lugar de poseer el deleite, se ven sometidos a él. Como si fueran náufragos en el mar de las Sirtes, están a merced de las olas de sus deseos, enredados entre tormentas y arenas movedizas. Convierten los deleites en un yugo que los estrangula, atados al deseo de aquello que en lugar de elevarlos, los hunde.

Imaginemos a un cazador que, atraído por la captura de fieras salvajes, abandona todo cuanto es importante, sacrificando su libertad y su razón en pos de una persecución sin fin. Así, quien vive sólo para sus deseos renuncia a su libertad, entregándose por completo a sus caprichos y vendiéndose a aquello que debería dominar. En esta transacción ruin, no es el deleite el que se compra, sino el alma la que se vende.

Capítulo XV.
La Fortaleza de la Virtud y la Ilusión del Deleite

Habrá quien diga: "¿Por qué no pueden unirse la virtud y el deleite, y formar juntas el sumo bien, de modo que lo honesto sea también deleitable?" Es cierto que la virtud puede brindar gozo, pero su naturaleza está en la fortaleza, no en el deleite; la virtud es completa por sí misma, mientras que el placer sólo la sigue, sin definirla ni perfeccionarla. Cuando unimos el deleite y la virtud, le restamos fuerza a esta última y la sometemos a lo efímero, a lo que depende de la fortuna. Así, en lugar de mantenernos firmes e invencibles, quedamos a merced de los cambios inciertos y de las pequeñas tentaciones que debilitan el espíritu.

El que depende de la fortuna se convierte en su esclavo, temeroso de los cambios, atrapado en una vida frágil y pendiente de cada giro del tiempo. Quien pone su sumo bien en lo inconstante no puede hallar paz. La virtud necesita un fundamento sólido, inmóvil, lejos del alcance del dolor, la esperanza, el miedo, o cualquier otro estado que degrade su esencia.

Sólo en las alturas inaccesibles a la fragilidad se encuentra su verdadero asiento, donde ni el placer ni el sufrimiento la sacuden, sino que los enfrenta con la serenidad del guerrero que, en medio del combate, permanece firme y acepta sus cicatrices con honor. La virtud no se pliega a los azares de la vida; en cambio, avanza con valor, sin quejarse ni retroceder, entendiendo que todo lo que sucede es parte de una ley universal. Como un soldado leal a su emperador, incluso ante la muerte, mantiene en su alma la máxima de "Amar a Dios". No hay lugar en ella para lamentos ni quejas, pues ha comprendido que las pruebas de la vida —enfermedades, pérdidas, desastres— son inevitables. Al asumir esta verdad, adquiere la fuerza necesaria para recibir cada desafío con gallardía, y comprende que, en última instancia, ser parte de esta milicia divina es aceptar el deber de enfrentar lo mortal con dignidad.

Nacemos dentro de un orden regido por leyes inquebrantables. Reconocer esto no es una sumisión forzada, sino la mayor libertad, pues obedecer a Dios es, en esencia, aceptar nuestro lugar en el vasto esquema de la existencia y, en esa aceptación, encontrar la paz inalterable del alma.

Capítulo XVI.
La Felicidad en la Virtud y la Ilusión de la Libertad

La verdadera felicidad se encuentra en la virtud. Y, ¿qué consejo te ofrece ésta? Te enseña a no considerar como bien o mal aquello que ocurre fuera del dominio de la virtud o de la culpa. Más allá de esto, la virtud te demanda una fortaleza inquebrantable y te insta a elevarte hasta el nivel de los dioses, imitando su constancia y desapego.

¿Y qué recompensa ofrece esta lucha por la virtud? Grandes dones, cercanos a lo divino: no serás sometido a ninguna fuerza externa, ni sentirás necesidad de nada; estarás libre y seguro, imperturbable y satisfecho. No te verás frustrado por el azar ni enfrentarás obstáculos insuperables; todo marchará conforme a tus deseos, pues la virtud se alinea con el orden natural de las cosas. Así, ninguna adversidad te asaltará, ni nada sucederá en contra de tus principios o tu voluntad.

¿Es entonces la virtud, completa y divina en sí misma, suficiente para vivir felizmente? Sin

duda. De hecho, es más que suficiente, pues quien se sustenta en ella carece de toda necesidad, ya que todo lo verdaderamente valioso se halla en su interior. Pero aún aquel que ha avanzado mucho en su búsqueda de la virtud puede, en ciertos momentos, necesitar algún leve consuelo de la fortuna, mientras sigue atrapado en las ataduras de la condición mortal.

La diferencia, sin embargo, es clara. Los que dependen de los caprichos de la fortuna están atados, atrapados en los deseos y temores que les impone su propia debilidad. El hombre virtuoso, en cambio, aunque todavía esté sujeto a las limitaciones de lo humano, se eleva por encima de sus cadenas. Su libertad puede no ser completa, pero su espíritu es libre; y aun bajo las limitaciones de este mundo, su alma ya camina los caminos de los dioses.

Capítulo XVII.
La Respuesta a los Críticos de la Filosofía

Así que, si alguno de esos que, agrupados como lobos, ladran contra la filosofía, me lanza sus habituales acusaciones: «¿Por qué hablas con más fortaleza de la que vives? ¿Por qué dependes del dinero, te alteras por una pérdida, o lloras la muerte de un ser querido? ¿Por qué te preocupas por tu reputación, te afecta una palabra hiriente, o adornas tu jardín más de lo necesario? ¿Por qué posees tanto lujo en tu hogar, bebes vino envejecido, o construyes casas con extravagancia? ¿Por qué permites que tu esposa lleve en sus orejas la riqueza de una familia, o que tus sirvientes lleven libreas costosas? ¿Para qué mantienes un maestro de ceremonias en tu mesa?»

A estos reproches y otros que quieran añadir, yo mismo añadiré más. Admito mis contradicciones y defectos, pues reconozco mi distancia de la perfección. No busco ser comparable a los más virtuosos; me conformo con ser mejor que aquellos que se abandonan por

completo al vicio. Mi lucha es diaria y constante: no me pido a mí mismo la perfección inmediata, sino reducir poco a poco la carga de mis debilidades, como quien combate una enfermedad persistente y aprende a soportar sus ataques con paciencia.

Ante tus críticas, me presento tal cual soy: alguien que avanza lento, que reconoce su fragilidad y, en comparación con la velocidad de tus acusaciones, es un corredor débil, pero en movimiento constante.

Capítulo XVIII.
Defender la Virtud en Medio de las Propias Falencias

"No digo esto por mí mismo, atrapado como estoy en el torbellino de todos los vicios, sino por aquellos que han logrado algo de virtud". Me dirás que mis palabras no se reflejan en mi vida, que hablo de una manera y vivo de otra. Esta misma acusación, llena de veneno y dirigida por mentes obtusas y enemigas de la virtud, fue lanzada contra Platón, Epicuro y Zenón, pues todos ellos enseñaron, no según sus propias vidas, sino según la vida que debían aspirar a vivir.

Hablo, entonces, no desde mis acciones imperfectas, sino desde el ideal de la virtud. Cuando critico los vicios, sé que comienzo por criticar los míos. Mi aspiración es vivir en consonancia con lo que predico, y aunque todavía no haya alcanzado la altura de mis palabras, seguiré alabando la vida que sé que debo buscar, y perseveraré en la senda de la virtud, aún si debo arrastrarme hacia ella.

¿He de esperar la aprobación o la comprensión de quienes no perdonaron ni

siquiera a Rutilio o Catón? Hasta el más intachable será blanco de críticas, pues a los ojos de los malintencionados, hasta el hombre más pobre puede parecer rico, y hasta el espíritu más austero, indulgente.

Oh, Demetrio, ¡ejemplo de fortaleza y guerrero contra los deseos naturales! Su pobreza era tan absoluta que no solo renunció a poseer, sino también a desear. Aquellos que no comprenden la verdadera renuncia a los deseos lo verán siempre con sospecha. Porque no basta con pregonar la ciencia de la virtud: es necesario vivirla, aunque sea con las pequeñas victorias de cada día, siempre en el intento.

Capítulo XIX.
Defender la Dignidad en la Muerte

Muchos rechazan la decisión de Diodoro, el filósofo epicúreo, quien decidió acabar con su vida por su propia mano en sus últimos días. Algunos llaman a su acto una locura; otros, una temeridad. Pero él, en paz consigo mismo y seguro de la nobleza de su pasado, se permitió a sí mismo el último testimonio de una vida plena, de una edad vivida con dignidad y ya anclada en puerto seguro. Sus palabras, aunque resuenen contra la voluntad de muchos, fueron claras y solemnes: "Viví, y recorrí el camino que el destino me concedió."

Vosotros, los que siempre discutís sobre la vida de unos y la muerte de otros, criticáis desde la envidia la virtud que sabéis no podéis alcanzar. Como perros cuando ven a desconocidos, ladráis contra la fama de quienes se han ganado con esfuerzo su renombre. Porque os conviene que nadie se eleve, como si cada virtud ajena fuera un reproche contra vuestros propios vicios.

Así, comparáis vuestros errores con las acciones limpias de aquellos que siguieron la

virtud, y cuestionáis a quienes luchan por liberarse de las cruces en las que vosotros mismos os habéis clavado. No comprendéis que, cuando el sabio afronta su muerte, su cruz es única; en cambio, los que viven arrastrados por sus deseos están clavados en tantas cruces como ambiciones y ansiedades les consumen.

Es fácil burlarse desde las sombras. Pero yo daría crédito a tales críticas si no hubiera visto a algunos de estos detractores, puestos ellos mismos en el lugar del suplicio, llenos de amargura y escupiendo su rabia hacia quienes observaban. ¿Qué valor hay en criticar el sacrificio y la virtud de otros, cuando sois vosotros quienes os consumís en las llamas de vuestras propias contradicciones?

Capítulo XX.
El Camino del Sabio, Aun Incompleto, Es Valioso

Es cierto que los filósofos no siempre cumplen con lo que enseñan; sin embargo, no desestimes el valor de sus ideas, pues si lograran igualar sus palabras con sus actos, ¿qué dicha sería mayor? Aun sin alcanzar esa perfección, el solo hecho de buscar la sabiduría merece reconocimiento. La senda de la virtud es ardua, y aunque algunos caigan en el intento, merecen respeto por haber tenido la osadía de intentar lo imposible, elevándose sobre sus propias limitaciones en nombre de ideales que trascienden su propia capacidad.

¿Quién, entre los hombres comunes, se ha propuesto metas tan altas como éstas?: *"Seré capaz de escuchar mi propia condena con el mismo temple con el que la impongo a otros. Resistiré el dolor, fortificado en mi espíritu. Trataré las riquezas con indiferencia, sin sentirme menos al verlas en manos de otros ni vanidoso al poseerlas. Consideraré la tierra entera como mi patria y todos sus bienes como comunes. Viviré con la certeza de que nací para servir a los demás, agradecido con la naturaleza que,*

al hacerme uno, me entregó a todos, y a todos me entregó para nutrirme de sus talentos. No amontonaré tesoros ni los esparciré sin sentido, porque nada poseo más valioso que lo que doy de buena voluntad. Mis actos serán sinceros, guiados por mi conciencia, no por el juicio de los otros, sabiendo que, aunque solo me vea yo, el universo entero me observa. Comeré y beberé para satisfacer a la naturaleza, no para saciar deseos egoístas. Seré leal con mis amigos, amable con mis enemigos. Sabré pedir perdón y concederlo con facilidad. Reconoceré que el mundo entero es mi hogar, y que los dioses me observan, como testigos de mis pensamientos y acciones. Cuando la naturaleza me reclame, entregaré mi vida en paz, habiendo amado la virtud, respetado la libertad de los demás, y defendido la mía con honor."

Este es el ideal del sabio, una guía elevada que, aunque pocos alcancen en su totalidad, otorga nobleza a quien la sigue, pues no hay misión más alta que la búsqueda de la virtud.

Capítulo XXI.
La Serenidad del Sabio Frente a la Fortuna

Quien se propone vivir en virtud y busca imitar a los dioses, aunque no alcance la perfección, siempre caminará hacia grandes alturas. Pero ustedes, que desprecian la virtud y a quienes la honran, simplemente demuestran una naturaleza ciega, similar a la de los seres nocturnos que huyen de la luz y se esconden en las sombras, temerosos del brillo del día.

Se burlan, preguntándose: "¿Por qué aquel que predica el desprecio por las riquezas las posee? ¿Por qué, si considera la vida sin valor, la conserva con tanto celo? ¿Por qué, al afirmar que la salud es irrelevante, la protege con esmero? ¿Por qué elogia la indiferencia hacia la patria, pero prefiere envejecer en la suya?" Les respondo: el sabio desprecia estos bienes no para huir de ellos, sino para que su posesión no se convierta en su amo. Los tendrá mientras la fortuna se los permita y, cuando los pierda, los dejará ir sin rencor.

Porque, ¿a quién confiaría la fortuna sus riquezas con mayor seguridad que a aquel que, cuando se las quite, no se quejará ni se lamentará? Marco Catón, por ejemplo, quien reverenciaba a Curio y a Coruncanio y su época, en la que hasta unas pocas monedas de plata eran motivo de censura, poseía mucho más de lo que su abuelo o su admirado Creso tuvieron. Pero si el sabio hubiera tenido más riquezas, no las habría rechazado; las habría aceptado sin apego, sabiendo que su valor no reside en los bienes, sino en la libertad frente a ellos.

El sabio acoge las riquezas, pero no deja que le dominen. No las guarda en su alma, sino en su hogar, considerándolas herramientas para practicar su virtud.

Capítulo XXII.
La Serenidad del Sabio en la Prosperidad y la Pobreza

No cabe duda de que el sabio encuentra en las riquezas una oportunidad para desplegar su carácter y su virtud en múltiples aspectos. En la pobreza, el valor se manifiesta únicamente en la resistencia, en la entereza de no dejarse doblegar. Pero cuando posee bienes, el sabio muestra su templanza, su generosidad, su diligencia y su disposición hacia lo grande. No menosprecia la riqueza, aunque su bienestar no dependa de ella, y si la fortuna lo favorece, la acepta sin ser esclavo de su brillo.

Así como un navegante aprecia los vientos favorables y las aguas calmadas sin depender de ellas, el sabio se complace en las comodidades, pero no las necesita. Comprende que, aunque puedan alegrarlo, estas no son esenciales para la virtud. Y así, aun siendo frágil o de baja estatura, no se infravalora. Acepta su estado, pero con tranquilidad, reconociendo en él una oportunidad para ejercitar su fortaleza de espíritu, sin desear más allá de lo que tiene.

Las riquezas no ocupan el mismo lugar en su vida que en la tuya. Si las pierdo, solo se llevan lo material. Pero si te abandonan a ti, quedas sin ti mismo, creyendo que pierdes tu esencia con ellas. En mis manos, las riquezas son posesiones; en las tuyas, son dueñas.

Capítulo XXIII.
La Riqueza en Manos del Sabio

Permite, entonces, que el filósofo posea riquezas. Nadie ha decretado que la sabiduría deba estar condenada a la pobreza. Un sabio puede poseer grandes bienes, pero estos serán puros, obtenidos sin mancha de injusticia o violencia. Las riquezas en sus manos no serán motivo de envidia, ni adquiridas con ganancias mezquinas; su llegada será tan honesta como su posible partida.

El sabio no rechaza los dones de la fortuna ni se deja esclavizar por ellos. Si un día abre su casa a la mirada de todos, no habrá necesidad de ocultar nada. Al contrario, podrá proclamar: "Tomad lo que es vuestro," y sabrá que, tras esa invitación, nada se llevará nadie, pues no habrá nada que reprochar en sus bienes.

Un sabio enriquece su hogar sin jactancia ni temor, evitando tanto la presunción como la avaricia. No rechaza las riquezas, pues sabe cómo emplearlas con integridad y desprendimiento. Las poseerá sin ser poseído por ellas. Las tendrá

como quien podría caminar largas distancias a pie, pero acepta el confort de un carruaje.

El sabio da, pero no a cualquiera. Su generosidad será medida, destinada solo a quienes puedan beneficiarse de ella en espíritu y virtud. Él elige bien a quienes ayuda, consciente de que malgastar bienes es también una forma de extravío. Sus dádivas fluyen sin trabas, pero su bolsa permanece intacta, porque ni derrocha ni desperdicia lo que ha sabido ganar.

Capítulo XXIV.
La Dificultad y Virtud en el Dar

Es un error pensar que el acto de dar es fácil; implica sabiduría y juicio, no simple impulso o descuido. Cuando doy, no es un acto al azar. Con las dádivas gano la amistad de uno, pago la deuda a otro; a unos socorro, de otros me compadezco, a alguien ayudo a erguirse de la pobreza, para que no lo destruya ni lo encadene. A algunos dejo de darles, no por insensibilidad, sino porque sé que, por mucho que reciban, nunca sabrán manejarlo. En cambio, a otros les ofrezco; a algunos, incluso, los colmo. En el acto de dar, nunca soy descuidado; al contrario, me honra más cuando puedo dar con verdadera intención.

Me preguntarás, "¿Acaso das para obtener algo a cambio, y no por el puro deseo de dar?" Mi respuesta es que aunque una dádiva no debe ser un reclamo para recibir algo, sí se coloca en un terreno donde puede fructificar. Un beneficio se siembra como un tesoro secreto, que solo se recurre a él cuando la verdadera necesidad lo demanda.

Es majestuoso contemplar la casa de un hombre generoso: ¡cuántas oportunidades tiene de hacer el bien! La verdadera liberalidad no se limita solo a quienes llevan toga, sino que se extiende a todos, pues la naturaleza nos ordena ayudar a todos los seres humanos, sin importar su condición. Donde hay un hombre, hay un lugar para un beneficio.

Y dentro de la misma casa, puede el hombre practicar su generosidad; la verdadera liberalidad no se define por la condición del receptor, sino por la libertad y pureza con que el acto de dar emana del espíritu. El sabio nunca dará a los indignos; su generosidad nunca se agota, siempre tendrá algo que ofrecer a quien realmente lo merezca.

Por tanto, no juzgues duramente lo que los sabios pronuncian con valentía y rectitud. Comprende la diferencia entre quien ama la sabiduría y quien ya la ha alcanzado. Aquel que está en el camino te dirá: "Hablo con convicción, pero aún lucho con mis propias imperfecciones. No me pidas que viva ya conforme a mi doctrina, pues estoy aún forjándome."

En cambio, el sabio que ha alcanzado su meta, te hablará de otra manera y te recordará que

es injusto juzgar a quienes son superiores a ti. Y agregará: "Me ha tocado el ser despreciado por los malos, lo cual es señal de que estoy en el buen camino. Y en cuanto a las riquezas, aunque niego que sean un verdadero bien, reconozco que son útiles y pueden traer muchas comodidades a la vida. Las poseo, pero no permito que ellas me posean."

Capítulo XXV.
Riquezas y Virtudes en su Justa Medida

¿Qué razón habría para no considerar las riquezas como bienes? Acepto que es bueno poseerlas, como todos coincidimos. Pero déjenme decirlo claro: aunque me rodee de una gran fortuna, mi valor no residirá en esas cosas externas. Si me ponen en una casa colmada de oro y plata, no me estimaré más por ello; al fin y al cabo, aunque me rodeen, permanecen fuera de mi verdadero ser. O, al contrario, si me encuentro entre los mendigos en la miseria, extendiendo la mano en busca de limosna, tampoco me consideraré menos. Al que siempre le queda la facultad de morir cuando lo desee, ¿qué importancia puede tenerle la falta de pan?

Sí, prefiero una vida en una casa cómoda a la de la indigencia, pero no por eso me juzgaré más feliz. Si duermo en una cama sencilla o en alfombras de púrpura, eso no altera mi estima por mí mismo. Más aún, no maldeciré el día si me sobrevienen adversidades. Porque prefiero moderar mis alegrías a combatir mis dolores.

Sócrates podría decirnos: "Hazme victorioso y reverenciado, lleva mi nombre en la gloria desde Oriente hasta Occidente; pero, aun así, nunca olvidaré que soy solo un hombre." Y si el destino cambiara repentinamente, llevándome de la cima al olvido, tampoco me lamentaría. Acepto las pruebas de la fortuna, pero prefiero escoger el lado menos amargo de ella. Mi ánimo no depende del azar, sino de una disposición interior.

La virtud nunca se encuentra libre de esfuerzo; algunas requieren frenos, otras de empuje, tal como nuestro cuerpo se frena en una pendiente y se esfuerza en una subida. La paciencia, la fortaleza y la perseverancia enfrentan las asperezas, desafiando las embestidas de la fortuna, mientras que virtudes como la templanza, la mansedumbre y la liberalidad fluyen con suavidad.

Así, acercamos a la pobreza las virtudes más resistentes, las que enfrentan las dificultades, y a la riqueza, las virtudes que moderan el uso y el disfrute, sosteniendo su peso con mesura.

Capítulo XXVI.
El Camino de la Virtud Frente a las Apariencias

Hecha esta reflexión, prefiero aquellas virtudes que me permiten mayor paz y serenidad que aquellas cuyo ejercicio es una constante lucha. Dirá entonces el sabio: "Yo no vivo en contradicción con lo que predico; sois vosotros quienes escucháis solo el sonido superficial de mis palabras, sin entender su verdadero significado."

Y si me preguntas: "¿Qué diferencia hay entre tú, que eres sabio, y yo, que busco riquezas de la misma manera?", la respuesta es clara. Para el sabio, las riquezas están bajo su dominio; para el ignorante, en cambio, son quienes lo dominan. Vosotros os aferráis a ellas como si os hubieran sido concedidas para siempre, confiando ciegamente en su permanencia. El sabio, incluso rodeado de fortuna, permanece preparado para la pobreza, sabiendo que nada es seguro.

Es como el capitán que, aunque en tiempos de paz, no deja de prepararse para la guerra. Mientras tanto, vosotros, obnubilados por la

seguridad ilusoria de vuestras riquezas y la comodidad de vuestros lujos, no os preocupáis por los inminentes desafíos que la fortuna podría lanzaros.

Aquel que realmente vive en paz consigo mismo, el sabio, seguirá siendo feliz incluso si todas sus riquezas desaparecieran; sus verdaderos bienes están seguros, inmutables. Sócrates, y otros de igual fortaleza, no sujetaban sus vidas a la opinión ajena y sostenían que las injurias no eran sino el eco de almas temerosas y llenas de resentimiento.

Este es el mensaje de quienes alcanzaron la sabiduría: "A vosotros que lucháis contra la virtud, os digo: la injuria que lanzáis no me hiere a mí, sino que destruye vuestra propia esperanza de algo mejor." Así como los dioses permanecen inmunes a los disparates que sobre ellos inventan los hombres, el sabio no sufre daño de las calumnias que otros lanzan sobre la virtud, aunque lamenta que tales actos reflejen una separación profunda de toda noble aspiración.

El sabio, sin odio, busca ayudar a otros a liberarse de la ignorancia, del mismo modo que Júpiter observa las fábulas absurdas de los poetas, que lo representan con alas o cuernos, infiel o

violento, tal como los humanos se esfuerzan en hacer a sus dioses a imagen de sus propios defectos. De igual manera, los sabios enseñan que, aunque tales creencias no les hagan daño, nos privan a nosotros de la nobleza y el verdadero valor.

Así pues, os insto a reconocer la grandeza de la virtud. Escuchad a quienes han seguido este camino y declaran, cada día con mayor convicción, la profundidad de sus hallazgos. Considerad a la virtud como una presencia sagrada en vuestras vidas y respetad a sus seguidores. Cuando se hable de estos ideales, no interrumpáis con distracciones, sino permitid que el eco de lo sagrado se celebre sin interferencia.

Capítulo XXVII.
La Voz de la Virtud Frente al Escándalo y la Superstición

Os exhorto a que, cuando brote algún sabio consejo de la boca del oráculo, le prestéis oído con silencio y respeto. Cuán rápido sois en creer y honrar cuando un hombre camina de rodillas por las calles, aullando plegarias; o cuando otro, cubierto de harapos y laurel, anuncia que un dios está enfadado, y le atendéis con fervor. Pero ahora, aquí está Sócrates, desde su celda, llamando a la razón y la virtud con palabras claras y firmes:

"¿Qué locura es esta que os lleva a profanar las virtudes, a desacreditar lo sagrado con vuestras burlas? Si sois incapaces de alabar a los buenos, al menos dejadlos en paz. Si vuestra mala inclinación os impulsa a calumniar, volveos contra vosotros mismos. Porque cada vez que os enfrentáis a la virtud, estáis como las olas del mar golpeando en vano un peñasco; vuestra ira no cambia su esencia ni su posición, y en el intento de hacerle daño, los únicos desgastados sois vosotros mismos.

Así fue como, cuando en Atenas me tomaron como blanco de burlas y difamaciones, mi virtud se mostró aún más resplandeciente. Cuanto más desafían a la fortaleza, más grandeza emerge de ella, tal como el pedernal solo revela su dureza ante quien osa golpearlo. Yo soy como una roca aislada en el océano, golpeada por la tormenta en todos sus costados sin moverse ni quebrarse. Acometed cuanto queráis, pues vuestro esfuerzo no me hace más que fortalecerme.

¿Por qué, en vez de criticar, no os examináis a vosotros mismos? Apuntáis a la grandeza de las casas o al esplendor de los banquetes de los filósofos, sin mirar vuestras propias llagas, que os cubren por dentro y por fuera. Habéis buscado defectos en Platón, en Aristóteles, en Demócrito, en Epicuro; señaláis mis costumbres o las de Alcibíades, o de quien sea, sin ver la futilidad de juzgar a aquellos cuyos mismos vicios tendrían más nobleza que vuestros peores males.

Lucháis con aquello que os supera, en lugar de ver vuestras propias corrupciones. Las lenguas afiladas que usáis para deshonrar a otros

muestran que estáis dominados por vuestras propias pasiones y fallos internos. La naturaleza humana no os da tanto tiempo ni tanta virtud para que podáis erigiros en jueces de los demás. Guardad el silencio que merece lo sagrado y dejad de manchar la virtud con vuestra envidia."

Así os habla la voz de la razón y la virtud, invitándoos a mirar hacia dentro en lugar de perder el tiempo criticando las acciones de aquellos que se esfuerzan en el camino de la sabiduría.

Capítulo XXVIII.
La Virtud de Retirarse y la Fortaleza Interior

Vosotros, que os dejáis arrastrar por el torbellino de la vida sin deteneros a reflexionar, sois como aquellos que se sientan en el teatro, ignorantes de la tormenta que azota sus propios hogares. Desde mi punto de vista, en lo alto, veo las nubes de tempestades que pronto caerán sobre vuestras cabezas y sobre lo que poseéis. ¿No sentís acaso el remolino que os arrastra, que os hace correr tras cosas efímeras, que os eleva solo para dejaros caer en un abismo?

¿Por qué defendéis con tanto fervor la idea de que el vicio es aceptable porque muchos lo siguen? Aunque intentemos solo lo que es saludable, hay momentos en los que es necesario que cada uno de nosotros se retire en sí mismo y encuentre su fortaleza allí. Es en el retiro donde crecemos, donde maduramos sin las distracciones de las voces ajenas. ¿Por qué, entonces, no hemos de unirnos a aquellos que viven con virtud y elegir un modelo digno que inspire nuestro camino?

La vida bien dirigida es aquella que no se interrumpe en fragmentos y que no se dispersa en la inconstancia de los deseos volubles. Uno de los peores males es variar continuamente de vicio, de ambición, de propósito. Abandonamos un deseo para tomar otro, y en esta danza entre el querer y el arrepentimiento, entre el dejar y el buscar, nunca logramos ser ni constantes en el error. Seguimos sin discernir si el camino que transitamos es realmente bueno o malo; simplemente lo recorremos porque muchos otros han dejado allí sus huellas, como si la cantidad de pasos fuera una garantía de verdad.

Alguien podría decirme: "Séneca, ¿qué haces hablando de retiro y de moderación? ¿Acaso te apartas de la enseñanza estoica?" Pero nuestros estoicos sostienen que debemos trabajar hasta el último día de nuestras vidas, siempre al servicio del bien común, ayudando incluso a aquellos que podrían llamarse enemigos, sosteniendo el morrión sobre nuestras canas si es necesario. No abandonamos el deber, ni en la vida ni en la muerte.

Quienes encuentran que nuestra senda es ardua pueden, si lo desean, buscar otros principios. Yo, por mi parte, seguiré los pasos de

quienes me precedieron con valor, no solo donde me envíen, sino donde me guíen las enseñanzas de los verdaderos sabios.

Así, no es la cantidad de gente que sigue un camino lo que le da valor, sino la convicción de quienes lo recorren con fortaleza.

Capítulo XXIX

Estas palabras, lejos de desviarme de la senda estoica, reafirman que en mi espíritu no se apartan de su esencia, ni mis acciones las traicionan. Y, aunque hubiera razones para no seguir cada línea de sus preceptos, lo haría al menos a la manera de sus ejemplos. Permíteme dividir este pensamiento en dos partes.

Primero, cada uno, aun desde su juventud, puede entregarse por completo a la contemplación de la virtud, explorando en secreto los senderos de una vida digna y descubriendo en silencio la verdad del alma. Esta búsqueda es una aventura interior, en la que cada paso busca alinear la vida con la razón, como una espada bien afilada preparada para cortar los lazos con el vicio.

Después, cuando la vejez nos alcance, habiendo recorrido esos caminos y soportado sus pruebas, bien podemos dedicarnos a guiar los ánimos de otros, inspirándolos a otras acciones y pasando a ellos la antorcha de las virtudes.

Como las vestales, que dividían sus años en el aprendizaje y la práctica de los ritos sagrados,

primero aprendemos, luego vivimos y, al final, enseñamos. Así, cumplimos con el ciclo eterno de la sabiduría: el aprendizaje, la acción y la transmisión, en los cuales se perpetúa la esencia misma de la virtud en la historia de los hombres.

Capítulo XXX

Demostraré ahora que estas ideas no sólo no contradicen a los estoicos, sino que encuentran en ellos aprobación. No es que me haya impuesto una lealtad absoluta a las doctrinas de Zenón o Crisipo, sino que la razón misma me lleva a coincidir en sus principios. Someterse ciegamente a una doctrina sería más una cuestión de bandos que de virtud, y tal servilismo encadena más que libera. Ojalá todas las verdades pudieran revelarse sin el velo que les hemos puesto; pero, mientras tanto, avanzamos buscando, al lado de aquellos que alguna vez señalaron el camino.

Aquí se dividen, sin embargo, los caminos de los estoicos y los epicúreos, pues cada uno encuentra la paz por sendas distintas. Epicuro sostiene que el sabio no debe implicarse en los asuntos públicos, salvo que la necesidad lo arrastre; mientras que Zenón, en cambio, sugiere que el sabio participe en la república, siempre y cuando no existan impedimentos insalvables. Uno busca el reposo en la intención, el otro en la situación; pero ambos admiten que, si el estado

está irremediablemente corrompido o la propia salud se debilita, el sabio no debe ofrecerse como sacrificio inútil. Nadie sensato echaría al mar una nave rota ni tomaría las armas si su cuerpo no le respondiera.

Así, quien llega al ocaso de su vida sin haber sido sacudido por las tempestades, bien puede entregarse a un descanso sereno, dedicado a las artes elevadas, reverenciando esas virtudes que pueden cultivarse aún en el retiro. Porque el llamado de la virtud es aprovechar a los demás: si es posible, a muchos; si no, a unos pocos; y si a nadie más, a los propios seres cercanos. En última instancia, si sólo a uno mismo puede beneficiarse, también en eso obra bien, pues tal ejemplo es en sí mismo una guía para otros.

El que vive con rectitud ilumina, aunque no lo pretenda, el sendero de quienes lo rodean, conduciéndolos hacia lo que verdaderamente les es provechoso.

Capítulo XXXI

Imaginemos dos tipos de repúblicas en nuestro pensamiento: una, vasta y verdaderamente universal, donde los dioses y los hombres están incluidos en una sola comunidad, y cuyo alcance se mide no por fronteras humanas, sino por el recorrido del sol mismo; y la otra, más restringida, es la de nuestro nacimiento y circunstancias: ser ateniense, cartaginés, o pertenecer a una provincia que, en lugar de abarcar a toda la humanidad, sólo acoge a unos pocos.

Algunos logran servir a ambas, tanto a la república universal como a la más cercana; otros, sólo a la segunda; y, por último, están aquellos que se consagran únicamente a la más grande de las dos. En esta república universal podemos, y quizá con más efectividad, servir desde el retiro, explorando con calma los misterios de la virtud: indagando si es una o muchas, si es la naturaleza o el arte lo que moldea al hombre en su bondad, si todo cuanto vemos y no vemos forma una única y grandiosa entidad o si hay múltiples esencias diseminadas en el cosmos.

¿Es única la materia de la que todas las cosas se engendran? ¿Es continua o fragmentada, sólida o entremezclada con el vacío? ¿Dios gobierna estas obras desde fuera, rodeándolas, o está presente en lo más íntimo de ellas? ¿Es el mundo inmóvil, o está sujeto a los ciclos de creación y finitud? Aquél que contempla tales preguntas, ¿qué otorga a Dios? Su don es que estas creaciones majestuosas, nacidas de las manos divinas, no estén sin testigos de su grandeza.

Decimos que el sumo bien es vivir en armonía con la naturaleza, la cual nos modeló tanto para actuar como para contemplar. Que quede, pues, demostrado en esta reflexión inicial el propósito último: conocer y participar de lo eterno y, en esa comprensión, servir a lo más grande de la humanidad.

Capítulo XXXII

¿No bastaría acaso con que cada uno consultara sus propios anhelos de saber, esos impulsos que nos atraen hacia lo desconocido, para probar que somos parte de algo vasto? No pocos se lanzan a navegar soportando penurias solo por el conocimiento de tierras lejanas. Este mismo deseo nos congrega en espectáculos, nos impulsa a explorar lo más oculto, a escudriñar las sombras de tiempos antiguos y a descubrir las costumbres de pueblos extranjeros. La naturaleza, consciente de su propio arte y magnificencia, nos dio un ingenio insaciable; nos creó como testigos de sus obras para que el esplendor de su creación no se consumiera en soledad.

Nos colocó en el centro del mundo, rodeados de maravillas, y nos dotó de un cuerpo que, erguido, puede alzar la vista hacia las estrellas. Nos dio un cuello flexible, para abarcar el firmamento y seguir la danza de los astros de oriente a occidente. Nos regaló seis signos para el día y seis para la noche, y no nos privó de sus

misterios, sino que dispuso que, al observar lo visible, despertáramos ansias de lo invisible.

Y aunque aún no hemos visto todo lo que existe, nuestra mente insiste en su camino: se atreve a descubrir, a construir cimientos de verdad, extendiendo su alcance desde lo conocido hacia lo inexplorado. Nos preguntamos sobre el origen de las estrellas, sobre el estado del universo antes de la separación de sus elementos, sobre la fuerza que los ordenó, permitiendo que lo pesado se hunda y lo ligero ascienda. Y me atrevo a pensar, siguiendo la doctrina que me parece acertada, que los hombres son fragmentos de un espíritu divino, chispas que cayeron a la Tierra desde un reino ajeno.

Nuestro pensamiento se aventura en los palacios del cielo, y más allá de lo visible, inquiere en los dominios que yacen fuera del mundo. ¿Existe acaso un vasto abismo o un límite más allá del cual el orden cede al caos? ¿Viven aquellos mundos exteriores en su propio misterio, con sus propias leyes y propósitos? ¿O giran, abandonados en la vacuidad?

¿Somos los elementos de este universo fuerzas en disputa, o acaso conspiran en armonía, cada cual siguiendo su causa? Aquel que ha

nacido para sondear estos misterios debe guardar su tiempo con celo. Aunque dedique cada instante de su vida a esta empresa, es poco el tiempo de un mortal para penetrar los secretos de lo inmortal.

Vivo conforme a la naturaleza, si me entrego a ella sin reservas, si contemplo sus maravillas con reverencia, sabiendo que, aunque nuestra existencia sea breve, en ese breve tiempo podemos rozar el sentido eterno del ser.

La virtud me exige estar tanto en acción como en contemplación. No basta que uno solo contemple; cada idea ha de vivir en la obra, en los actos, pues sin estos el saber es solo un brillo efímero, una llama sin luz real. Se ha de forjar en el hierro del deber, y no en la ociosidad. Porque, ¿qué valor tiene meditar sobre lo bueno y lo justo si no se lleva a la vida? Este equilibrio entre la meditación y el actuar constituye la esencia misma de lo que llamamos virtud. Si a veces el sabio se aparta al retiro, debe saber que, aún en su soledad, su deber es hacer provechoso su saber, de forma que sus pensamientos iluminen la senda de los venideros.

Es cierto que Zenón y Crisipo no gobernaron ejércitos ni administraron ciudades; su obra, sin embargo, sobrepasa cualquier legado de reyes y senadores. No hablaron para una sola polis, sino para todas las almas, trazando una doctrina que no conoce fronteras. ¿No vivieron ellos, acaso, según los preceptos que defendían? Y aunque se les niegue el mérito de una vida en la república, fueron, sin duda, de mayor servicio a la humanidad que muchos líderes encumbrados.

Así, podríamos dividir la vida en tres caminos: uno dedicado al deleite, otro a la contemplación y otro a la acción. Pero, ¿quién puede decir que alguno de estos caminos transita sin los otros? El contemplativo no carece de acción, ni el hombre de acción desconoce la contemplación. Y hasta el que persigue el deleite sabe de ambos. La acción y la contemplación se entrelazan; incluso la búsqueda del deleite se nutre de la reflexión y el actuar.

Epicuro mismo nos recuerda que la búsqueda de placeres puede requerir incluso el sacrificio. Si el sabio ha de renunciar a su deleite para evitar un arrepentimiento futuro o para afrontar un mal menor en lugar de uno mayor, entonces el placer y el deber se tornan uno. La

contemplación, lejos de ser un refugio de inacción, fortalece al hombre para enfrentar las pruebas de la vida, ya sea en el campo de batalla o en el tribunal.

De hecho, Crisipo enseñaba que el ocio puede ser necesario; no como una prisión, sino como una elección. Nuestros sabios defienden que un hombre prudente no ha de buscar cualquier república. ¿A qué ciudad debería, entonces, acercarse el sabio? ¿A Atenas, donde Sócrates bebió la cicuta y Aristóteles fue expulsado por la envidia de sus compatriotas? ¿O a Cartago, donde la libertad degenera en crueldad, y donde la justicia se mide por el interés?

Si hemos de ser sinceros, ninguna ciudad parece recibir con brazos abiertos a los sabios, y tampoco ellos hallan un hogar entre esas murallas. El sabio no pertenece a ninguna ciudad en particular, sino a todas; su nación es el mundo y su misión, preservar la sabiduría más allá de las fronteras y del tiempo.

FIN